HOTEL MONTANA Y OTROS CUENTOS

RAFAEL GUMUCIO



LITERATURA RANDOM HOUSE

Índice

Para Isabel, la vida misma

Hotel Montana

—Danilo —se presenta a sí mismo el musculoso carabinero que sientan a mi lado—. ¿Tú eres doctor o bombero? —aprovecha de preguntarme.

—No, yo vengo con mi mamá —le explico como puedo, esperando que el zumbido de los motores apague el rubor de mi confesión.

Los asientos del avión Hércules que nos lleva de Santo Domingo a Puerto Príncipe consisten apenas en una malla de cintas rojas sorprendentemente cómoda. Como en una obra de teatro vanguardista, los motores del avión están a la vista de todos, detrás de nuestras cabezas. De las máquinas suben y bajan por una escalera de metal técnicos que miden la presión de agujas y abren y cierran válvulas. Como única refrigeración, unos tubos silban como si estuvieran a punto de reventarnos en la cara, dejando escapar un poco de vapor frío que alivia también la presión del aire sobre nuestros pechos que respiran apenas.

—¿Cuál es tu mamá? —me pregunta Danilo. Se la muestro a la pasada—. Ah, la señora Irene. La señora del embajador —hace uso el carabinero de la información privilegiada que le dio el capitán en la pista.

Sí, ella, la señora Irene, esa misma. El pelo corto asimétrico, los ojos verdes siempre brillantes, la cara solemne de cantante de ópera justo antes de que se abra el telón. Mi madre, mi mamá, definitiva madre vestida así de gala en un avión de guerra, que se acomoda los peines, se revisa con la lengua los dientes por si los ha manchado el rouge, sin saber qué la espera allá en Puerto Príncipe: «Ni una sola palabra, ni un solo mail cariñoso», me explicó antes en el Boeing presidencial que nos llevó de Santiago a Santo Domingo, «ni una sola invitación a ayudarlo cuando todo Haití se derrumbó a sus pies en el terremoto hace dos semanas».

—No le importa nada, le da lo mismo todo, pero eso no es lo peor, mijito, eso no es nada, sino la agresión perpetua. Eso es lo peor. La

pesadez cuando se toma tres copas. Oye, Walter, yo soy de ahí también —lo llamó—, no me trates como si fuera una extraña, yo soy más haitiana que tú. La Ondine dice que soy negra en el fondo. Soy chilena solo de los dientes para afuera, dice siempre. Mire su piel, señora, por dentro es tan negra como yo, me dice. ¿Qué necesitas, Walter? Dime, ya pues, háblame. ¿Qué hay que hacer? ¿Con quién tengo que hablar? —le pregunta, insiste, recibe de vuelta solo órdenes, reprimendas, «roterías varias por Skype» cuando ella después de horas tratando de conectar logra tenerlo cinco minutos delante del computador.

—Roto de mierda, gringo desgraciado —el olor, la acidez en los cojines, había que desinfectar todo—. Loco, demente, están todos locos en su familia.

—Bueno, tampoco es que nosotros seamos muy cuerdos que digamos —trato de calmarla.

—No vas a comparar. Son locos de provincia. Nosotros somos locos de Santiago. Son locos tristes, nosotros hacemos cosas. ¿Cómo se le ocurre, cómo se le ocurre? Mírame, estoy estupenda. Tengo diez años más que él y me veo diez años menor. Quiere ser un mártir, quiere ser un héroe. Suicida como todos en su casa. Se está matando, ¿no te das cuentas, Lito? Desprecia la vida, en el fondo nunca ha sido feliz, es el tipo más triste que puede haber. Por suerte estás aquí, mi amor precioso. Yo ni cagando voy sola —y su mano en mi mano y la otra que cubre apenas sus lágrimas, las lágrimas de mi madre, mientras los estudiantes de medicina de distintas universidades del país ríen y cantan felices en su infinito paseo de curso—. Que me tire si quiere como hueso viejo. ¿Quién se va a meter con él? Esa puta gallega, ¿la viste en el internet? Es igual a John Lennon. No creo que pueda él, no es muy capaz para esas cosas, no sé si tú me entiendes. Pero hay putas a las que no les importa eso. ¿Tú qué crees? ¿Tú qué piensas? Soy una huevona, soy una pobre huevona, ya sé. Yo los hice sufrir a ustedes por nada. Yo solo quería que alguien me quisiera a mí, solo a mí. ¿Es mucho pedir? Dime que no soy mala. Dime que no me voy a ir al infierno.

¿Cómo va a ir al infierno, mamá, si está viajando derecho a él? La gente mala no viaja a Haití para ver a su marido por veinticuatro horas y saber si todavía la quiere. Ni se viste y maquilla como una

reina africana para descender a una tibia pista de aterrizaje militar. La mano de un piloto en traje de combate, la otra del asistente brasileño de Walter que la ayuda a bajar con cuidado la escalera hasta la pista tibia en que sonríe como si un cardumen de fotógrafos con flash de bombillas la esperara para obtener cada centímetro de su sonrisa. Los zapatos dorados, el pañuelo aleopardado, la falda con muchos pliegues de lino que flota en la brisa tropical, la mirada que busca a Walter para atravesarlo con el rigor de unos rayos X e ir más allá de su guayabera celeste. Él que saluda con toda la marcialidad de que es capaz a los generales que vienen con nosotros en la comitiva para luego adelantarse hacia mí y abrazarme con un cariño de hombre a hombre que nunca habíamos conseguido antes.

—¿Y eso? —le pregunto por un parche enorme que atraviesa su calva como la de un pirata.

—Nada. Se me cayó un archivador encima en el terremoto. Tienes que escribir sobre esto. Los gringos mienten mucho, alguien tiene que decir la verdad. Qué bueno que viniste, qué bueno —me sonríe y mi mamá, completamente sola a su lado de la pista, calcula qué significa esa súbita simpatía conmigo, que seguro es una venganza contra ella, un arma cargada que esquiva para ir directo a la herida en la cima de la cabeza de su marido.

—Se te va infectar, mijito, si no te cuidas. Ya pues, no seas testarudo, tiene que verte un doctor, no seas tonto —indica con desdén el parche en la frente de su marido mientras una patrulla militar nos expulsa con metralletas a todos hacia las rejas al final de la pista para que el Hércules pueda volver a buscar más doctores y soldados a Santo Domingo.

Avanzamos hacia el final de la pista craquelada por el temblor. Ojos en todas partes, haitianos colgando de las rejas en la oscuridad más total, postes caídos kilómetros a la redonda, los estudiantes de medicina chilenos sacándose fotos.

—¿Viste? —me susurra mi mamá al oído cuando Walter se adelanta para hablar con dos coroneles recién llegados—. Está completamente loco este gallo, ahora está enamorado de ti, quiere ser famoso, quiere que escribas algo sobre él, qué se cree, si no es nadie sin mí —diagnostica en voz baja mientras nos sentamos en los asientos de atrás

del jeep de la embajada que enfila por la Panamericana y pasa por la plaza de las banderas de toda América, que aparecen intactas alrededor de la rotonda vacía junto al pasto apenas polvoriento.

—Tanto que hablan del terremoto, tantas imágenes terribles, está todo igual que siempre, Lito —murmura mi madre mirando las fachadas sucederse bajo la luz de los faroles indestructibles, que dejaron ahí los taiwaneses cuando pensaron convertir el país en una sola y enorme fábrica textil, para luego abandonarlo cuando no pudieron con la geografía de la isla.

—¿Está igual, dices tú? —amenaza mi padrastro que nos oyó cuchichear—. ¿Quieres ver?

—Por supuesto. A eso vine, a ver.

Walter le murmura órdenes a Amédée, el chofer que conduce entre los baches de la avenida hacia el palacio de gobierno y sus cúpulas de merengue completamente derrumbadas sobre sí mismas. Entreabro la ventanilla polarizada. El olor a orina de elefante golpea mi nariz. Un perro camina solo sobre los restos del Ministerio de Justicia como sobre la escenografía desgarrada de un teatro que deja ver los bastidores, las poleas, las cuerdas, los interruptores quemados, las manchas en los decorados carcomidos por la humedad. Un incendio sin fuego del que uno reconoce apenas sacos de polvo, piedras, más polvo, madera, cemento, cerros de palos y cuerpos dormidos o muertos que vigilan dos tanquetas militares de jordanos armados hasta los dientes. Hasta que de pronto los focos del jeep iluminan la escuela República de Chile, intacta en medio de una plaza donde no queda ni un otro edificio en pie.

—¿Viste?, le gané al terremoto —dice mi madre, que insistió en refaccionarla justo antes de irse a Chile. Feliz de su logro, sale del auto y camina sin pensar hacia el escudo chileno, colgado sin magulladura alguna sobre la puerta de la escuela.

—Ya pues, mijita, no haga tonterías —le ordena su marido.

Y le muestra con los focos del auto a dos hombres vestidos solo con camisas blancas levantando hacia mi madre dos grandes palos cubiertos de cenizas.

—Muévase de ahí. ¡Está loca! No sabe dónde está parada, mijita.

Pero el miedo paraliza completamente a mi madre, que solo atina

como una niña chica a cubrirse la cara con el brazo. Es Amédée el que corre sobre la montaña de escombros para tomar a mi madre y ladrarle algo anterior a todos los idiomas a los asesinos que solo tienen hambre, que no saben tampoco por qué están ahí, ni por qué el palo, ni por qué la mujer ni las ganas de golpear para darle forma a algún gesto, para que algo termine en algo.

—¡No puedes hacer esto! ¡No es un juego, mijita, esto es serio! —la reta su marido cuando, congelada, el chofer la devuelve al auto—. Están desesperados estos tipos. Te pueden matar en cualquier momento por cualquier cosa. Vamos, Amédée, loca enferma, estás loca, completamente loca. —Y apurado, pero demasiado lento, el jeep vuelve hacia la plaza y la avenida Dessalines y empieza a subir entre fogatas y el olor acre a orina de elefante por Delmas hacia las faldas del volcán donde se prenden y se apagan cien fogatas entre un mar de carpas de circo rotas, carteles de peluquerías sueltos, panderetas derrumbadas sobre los restos de una camioneta también abandonada, y de pronto el cartel de Domino's Pizzas indemne y solo en medio de toda la cuadra derribada.

—Mira qué horror —me muestra el cartel, antes de volver a su marido—. Ya pues, habla, di algo, Walter. Viajé millones de kilómetros para verte, di algo que sea. Cuenta algo, ya pues, algo.

—No sé. ¿Qué quieres que cuente?

—No sé. Si me echaste de menos. Si pensaste en mí todo este tiempo. Cualquier cosa. Dime algo.

—No queda nadie, están todos muertos —y muestra en su teléfono celular la lista de sus contactos—. Pregunta, dime un nombre.

—Hamed —casi divertida por el juego lanza uno al azar, el nombre del jefe de la Minustah.

—Muerto.

—¿Milton? El brasileño —sigue mi mamá.

—Muerto.

—La Sonia esa.

—Muerta.

—Pobre. Me caía bien. ¿Gerardo, el uruguayo?

—Muerto.

—Menos mal, ese me caía mal.

—Estaban todos en una reunión esa mañana. Ahí murió también la Alejandra, la socióloga chilena que vinieron a buscar sus dos hermanos helados de terror en el avión presidencial. Todos estaban en el mismo lugar, en la Minustah, y se les cayó el techo encima. Murieron en el mismo minuto todos.

—¿Y la Carla?

—No se sabe, no responde el celular… Hay varios que no contestan. No hay señal de celular. A la Silvia la encontraron viva. No sabía ni su nombre, completamente perdida, sin ropa. Se creía gallina…

Y de pronto, entre los cimientos de casas derrumbadas y las raíces de los árboles, la reja de la casa del embajador de Chile abierta a bocinazos. Y el jardín, la piscina, las sirvientas, las cocineras, los jardineros.

—Fue terrible, madame, no sabe, se estaba acabando el mundo —le cuenta Ondine, la cocinera, sobre la casa que se le cayó a la Ana Marie, sobre la hija de Carol a quien se le quebraron las dos piernas, sobre ella misma que estaba en un autobús en el epicentro del terremoto y que se demoró tres días en encontrar, entre cadáveres y polvo, el camino de vuelta a casa.

Mi madre aprovecha las malas noticias para escabullirse hacia la cocina dejándome entrar en el salón cercado de grietas hasta la terraza, donde tres oficiales de distintas ramas de las fuerzas armadas comentan las faenas del día tomando Jack Daniel's directo de las botellas. Chistes sobre los bomberos filipinos. Quejas contras los misioneros gringos que creen que son dueños de todo y contra un senador que quiere venir ahora a cartelearse a Haití cuando nadie lo llama.

—Puta, huevón. Puta, ¿quién le dice si es ella? —se preguntan. Y de pronto un silencio obligado. No están seguros, pero piensan que encontraron en el gimnasio del Hotel Montana, abrazada a la bicicleta fija, a la «señora Eliana», la mujer del general Maza, el jefe de la misión.

—No se sabe nada todavía. No sobrerreacionemos —dice otro oficial —, no se parece nada a ella.

—¿Porque es negra? Eso es por los hematomas.

Todo el cuerpo hecho una sola contusión, reconocible solo por el

reloj de oro que seguía llevando en la muñeca y la bolsa Armani a la que se abrazaba como podía.

—El dedo, hay que esperar —dice el oficial más viejo. El dedo que le sacaron para mandarlo a Chile a que lo estudie la PDI. Otra ronda de silencio, otra de whiskey y otra más porque nadie se atreve, porque nadie va a decir nada todavía.

Desde el porche en que nadie me ve, miro a Walter perfectamente amarillo, herido, insomne, la mirada ausente, el cuerpo adormilado, seco, vacío, parado como puede, pero valiente al fin y al cabo. Un hombre que no se deja ganar porque quizás no tiene la imaginación que perder requiere. O quizás porque es fuerte. Un hombre, eso es un hombre, una silueta parada sobre un cerro de cadáveres, alejando con su mano la idea de unos mosquitos para tratar de cambiar de tema al mismo ritmo que los militares vuelven a hablar del culo de las negras, «exquisitas las negras», se las culearían a todas si no estuvieran llenas de sida y no te «encacharan» hijos como al huevón de Acevedo, «se enamoró Acevedo, es lo que no hay que hacer, no hay que enamorarse nunca de estas negras».

—¿Y la señora Irene? ¿Llegó bien? —pregunta de repente el asistente del coronel Abarzúa, que hace como que no me ve pero igual me ve. Mi padrastro con una sola mirada me ordena ir a buscar a mi mamá al fondo de la cocina donde puso la Ondine su catre de campaña.

—Hay otra —me anuncia mi mamá, sentada sobre la cama—. Me lo contó la Ondine.

—Yo le dije que no había pasado nada, señora —se defiende Ondine —. Usted me preguntó si ella había venido a la casa y yo le dije que sí. Pero no le dije nada más.

—Este conchadesumadre se culea a esa puta española igual a John Lennon. Monja frustrada, huevona latera, lo único que quiere es ponerlo en la bibliografía de su tesis de doctorado. Qué imbécil, qué imbécil más grande. Lo tiene que ensuciar todo, tiene que cagarla siempre este pobre niño huevón. Para qué, dime tú. ¿Qué saca si es más vieja que yo? Mucho peor cuerpo que yo, una latera espectacular.

—El señor ha estado muy ocupado con esto del terremoto —intenta disculparlo Ondine—. Hay gente en la casa todo el tiempo, no creo

que tenga tiempo para hacer lo que usted dice que hace. Yo creo que no, sinceramente, señora, creo que no. Usted me preguntó si había algo y yo le dije «yo creo que no», pero usted insiste que sí. Diga lo que diga una, usted insiste siempre que sí.

—A ver, Lito. Tú di. ¿Sí o no? —decide mi mamá.

—¿Sí o no qué?

—No te hagas el huevón. ¿Me está poniendo los cuernos sí o no este gringo huevón?

—No sé.

—No seas cobarde, mijito. ¿Sí o no? —y veo los ojos amarillos de los dos haitianos de la escuela República de Chile. Los palos que levantan desde los albores mismos de la historia de la humanidad. Su hambre, su odio de espectros sobre los escombros a punto de matar a esa mujer solo porque es blanca, solo porque tienen esa fuerza, solo porque no saben qué otra cosa hacer que matar a palos lo primero que encuentran.

—No creo, mamá —le digo finalmente—, es lo que dice la Ondine. No hay tiempo para andar enamorándose de gente. Está todo derrumbado, no va a perder tiempo poniéndote los cuernos, mamá.

—No me quiere. Da lo mismo lo que haga o no haga, no me quiere, lo que es mucho peor que cualquier traición asquerosa —vuelve mi mamá en espiral sobre sí misma, bajando el mentón y los ojos en círculos y más círculos hacia el abismo—. Es terrible ser mujer. No tiene sentido. Te adoran, te adoran y luego te botan a la basura cuando no les sirves más. Míralo, tiene su terremoto, tiene sus milicos fascistas, no me necesita para nada más. Mierda de mierda, por la misma mierda, huevón culeado. Pobre huevón de mierda asqueroso y culeado.

—¿Dónde estás, Irene? ¿Dónde te fuiste? —entra bruscamente Walter castigando con sus codos todas las puertas que se interponen—. ¿Cómo vas a hacerle eso a la gente? No saludaste a nadie, pasas de largo como si nada. Tú eres mi esposa, eres la dueña de esta casa, tienes que atender a los invitados.

—Traidor de mierda. Ya me contaron todo. ¿Cómo te atreves a mirarme a los ojos después de eso? ¿Cómo puedes siquiera dirigirme la palabra después de tu asquerosa traición de mierda?

Walter no se espanta, ni se inmuta, no se ufana tampoco. Protegido por un cansancio antediluviano, responde con extraña paciencia.

—Vamos a hablar después. Esto no es tan simple como parece. Han pasado muchas cosas desde que te fuiste a Chile, no sé a qué. Pero no es el momento de hablar de eso ahora. Recibamos a la gente primero, hagamos lo que tenemos que hacer y después hablamos tú y yo.

—No hay nada que hablar, traidor de mierda. Nosotros nos vamos. ¿No es cierto, Lito? En esta casa de putas no me quedo ni un segundo más.

—¿Dónde te vas a ir, Irene? Está todo derrumbado. No hay hoteles, no hay casas, esta ciudad no existe.

—No me importa. Alguna casa o alguien habrá. Duermo en la calle si tengo que dormir en la calle. Vamos, Lito… —y estira su mano hacia mí para que le ayude a levantarse mientras pienso que no hay tampoco calles donde dormir.

—Es peligroso, te van a matar, no seas tonta, Irene. Duermo en el sillón si quieres. Matan todos los días gente por acá. Esto no es ningún juego. Muere todo el tiempo gente.

—No te preocupes, nadie me va a matar a mí. Llama a Amédée. Si quieres encontrarme, búscame, traidor de mierda. Si prefieres hacerte el héroe con los maricones de tus milicos calentones, momios, golpistas, es cosa tuya, yo no voy a molestar a nadie más con mi existencia.

Y con todas sus fuerzas atraviesa la cocina hacia el antejardín donde con una sola señal llama al jeep.

—Súbete, mi amor. Súbete —me ordena. Obedezco sin atreverme a preguntar adónde vamos.

—¡No abran! —manda Walter a los soldados que patrullan las rejas de la embajada—. Amédée, no prendas el motor, Amédée. ¡Es una orden! ¡Una orden!

El chofer los mira a los dos, a él, a ella, y luego a mí.

—Anda —ordena ella finalmente y el jeep empieza a rodar hacia las

puertas que se abren. Mi mamá dice un nombre que Amédée comprende. Más y más ojos entre los arbustos nos buscan. Más caras bajan como murciélagos desde los árboles. Más y más gente por todas partes, muertos y más muertos a los dos lados del camino.

—¿Dónde vamos, mamá? ¿Dónde? —Pero los focos del auto parecen saber qué buscan.

—¿Este huevón qué se cree? ¿Qué se cree este huevón? Yo lo inventé, lo saqué de la nada y así me paga. No sé cómo le di pelota. Pobre huevón, sin mí no es nadie.

Ojos y más ojos, cuerpos y más cuerpos cerro arriba hasta que aparece una casa roja que ha perdido el muro y la reja que la protegían. Una habitación iluminada. Varios autos en el patio. Mi mamá le dice a Amédée que pare y espere con el motor encendido. Algunas siluetas en el segundo piso.

—¿Por qué me odia? ¿Por qué me odia tanto? Explícame.

—No sé, mamá, no sé. —Y le acaricio el pelo, la nuca. Te quiero, mamá, te quiero.

—*Retournez* —le ordena con la punta de la voz a Amédée. El auto da la vuelta sobre la gravilla de la mansión y vuelve a la oscuridad perfecta de los cuerpos y los ojos, una ventana sin casa, una casa sin ventana. Mi mamá llora como una recién nacida todo el camino de vuelta. Las rejas se abren solas, los militares, los sirvientes, los invitados, todos mirando desde cualquier ventana posible de la casa el espectáculo: una mujer chilena insultando en chileno a su marido chileno que la arrastra del brazo suave y firmemente a pesar de los tropiezos y rabietas de ella, que no quiere avanzar pero igual avanza. Y yo dos pasos detrás con la cartera de mi madre, tratando de guardar algo parecido al honor o la compostura mientras sigo sus zapatos arrastrándose por la escalera y el segundo piso hasta la pieza donde Walter la deja derrumbarse y pudorosamente cierra la puerta y me deja ahí parado escuchando los informes en susurros de ella, interrumpidos por frases de él que no logro descifrar porque nunca suben demasiado de tono, porque se mantienen siempre en la misma distancia, en el mismo registro, como si no tuvieran otra función que señalar la nota sobre la cual la escala de llantos de mi madre va a subir y bajar, dando vueltas sobre la melodía de su propio lamento.

El llanto perfecto de una mujer en su madriguera y en el patio los oficiales borrachos gritándose sobrenombres y desafíos hasta acabar otra botella de Jack Daniel's y otra y otra más mientras la noche no se acaba.

Despierto. Hay sol. ¿Cuándo y cómo me dormí? ¿Dónde estoy? El cielo esmeralda con el delgado filtro del humo de las fogatas donde cantan todo tipo de pájaros sobre la arbolada que termina en el mar más celeste que nunca. Me guía el olor a desayuno hacia el primer piso de la residencia. Tengo hambre, mucha hambre, más hambre que nunca. En la cocina, en la misma mesa, mi mamá sonriente y Walter hambriento.

—Siéntate, Lito —me invita mi mamá—, pensé que no ibas a despertar nunca. La Ondine encontró frutas hasta debajo de los escombros.

—Todo esto vale millones, no saben —acota Walter—, puro mercado negro. Un plátano puede costar fácil cien dólares ahora.

—Es una rotería hablar del precio de la comida en la mesa, mi amor —dice mi mamá con una dulzura, con una ternura incluso, irreconocible en ella.

—Tengo listo todo un recorrido para tu reportaje — levanta Walter sus ojos azules—. Vas a ir donde nadie más va. Vas a tener una exclusiva total. Ya verás. Partimos ahora mismo, cuando termines el desayuno.

No he pensado en escribir ningún reportaje, pero sé que hay que seguir a mi mamá nomás. Le pregunto con la mirada si también va, pero me doy cuenta de inmediato de que está perfectamente vestida hace horas en su versión vaporosa de una tenida de combate. La sigo, a eso vine yo, a seguirla, verla circular enfática cada paso que la guía hacia la camioneta militar donde nos esperan los oficiales en traje de combate ellos también, sin el menor rastro de la borrachera de anoche.

—¿Qué pasó anoche? ¿Qué te dijo? —le pregunto a mi madre en la voz más baja que puedo.

—Nada. Después te cuento.

La camioneta baja por entre las casas derrumbadas, los muertos apenas cubiertos por lonas de colores, los cerdos sin amo caminando

entre los árboles caídos, igual que la noche anterior, pero de día parecen no sé por qué casi normales, cotidianos, felices incluso. Un desastre, por cierto, pero solo un poco más de como estaba todo esto antes del terremoto, pienso, y redacto mentalmente el reportaje que a mi padrastro se le ocurrió que debía escribir cuando de repente en una curva rápida mi mamá me toma la mano.

Es lo único que dice sin decir nada. Es lo único que sé mientras sigue bromeando con los oficiales, toda esa gente para la cual es de nuevo la agraciada embajadora que convierte todo en un paseo en carroza dorada.

—Aquí.

Deciden estacionar. Una explanada de piedra sembrada de pilares de cemento entre los cuales se han instalado camas, enfermos y jóvenes doctores cubanos y chilenos corriendo felices entre los gemidos de los heridos.

—Queda un hospital en más o menos buen estado —me explica Walter—, pero nadie quiere estar debajo de un techo ahora. Prefieren mil veces que los operen al aire libre.

Busco a mi mamá un poco más adelante, entre los pilares y las camas desde donde levantan sus brazos cada vez más enfermos negros saliendo de las sábanas más blancas que nunca, pidiendo anestesia, vendajes, suero o solo que los miren.

—¡Es verdad, mi amor! ¡Es verdad! —me grita mostrándome el enorme pene desnudo de un enfermo al que están a punto de amputarle un brazo dos entusiastas estudiantes de medicina cubanos.

—Mamá, déjalo, pobre gallo. Déjalo tranquilo, le van a cortar un brazo.

—Yo pensé que era un mito. Lo de los negros, pensé que era mentira.

—Mi amor. Salgamos de aquí —Walter del otro lado del patio se apura en contener a su esposa que sonríe demasiado mostrando impunemente el pene desnudo del enfermo gimiendo en su cama. Los oficiales a mi espalda vuelven preocupados a hacer chirriar sus *walkie talkies* y teléfonos satelitales para separarnos.

—Ustedes no tienen hijos, tus hermanos y tú —me lanza de vuelta tan despacio que solo yo puedo oírla de vuelta en la camioneta—. Si

tuviera nietos tendría de qué ocuparme en la vida, sería una señora chilena más. Si tuviera nietos podría hasta ser elegante. Son tan egoístas, ustedes. Tan estúpidamente egoístas. No piensan en mí. Les importa lo de ustedes y nada más que lo de ustedes. A nadie le importo yo.

—Confirmado, es ella, dice la PDI —le cuenta un oficial a otro después de una larga conversación por teléfono satelital—. La señora Eliana, cien por ciento —concluye el coronel. Hicieron los análisis del dedo y arrojaron un cien por ciento de similitud.

—¿Quién se lo dice ahora a Maza? —pregunta.

—Es que yo no lo conozco tanto —se disculpa un oficial.

—Es que soy de otra rama que él —dice el otro.

—Es que es mi superior directo —el de atrás.

—Yo lo hago —decide de pronto Walter—. No se preocupen, lo hago yo. Soy la máxima autoridad aquí. El representante de la presidenta, después de todo.

Mi mamá vuelve a apretar sus hombros contra mis hombros al ritmo del tambaleo de la camioneta que no para de zarandearse en todos y cada uno de los agujeros del interminable camino hacia el Hotel Montana. Su techo de hormigón blanco invierno aplastando completamente el bar, las galerías, las sillas de playa de caoba alrededor de la piscina consteladas de restos de metal y cemento, como un velo gris que cubriera el rostro desfigurado de una novia hipnotizada de miedo camino al altar.

—Ahí está —encuentra el coronel al general Maza, todo altivez, todo honor en su cuerpo de buzo táctico, apenas a punto de rozar la vejez, pero por eso mismo más en guardia que nunca.

—Es lindo como un dios, pero más fome que chupar un clavo —susurra mi mamá mientras el general incombustible nos mira con algo parecido a la lástima. Desde la cima de una montaña de hormigón suben y bajan unos niños haitianos que la policía militar jordana quiere impedir que avancen.

Walter ordena que el auto estacione para de un salto hundir sus dos botas en el barro fresco.

—Tú quédate en el auto, mijita —ordena, porque mi mamá ya baja con una agilidad desconocida.

—Voy contigo, no seas tonto, Walter.

—Quédate, es una orden.

—Pero... —va a decir algo más mi madre, pero obedece y se queda en su lugar mientras Walter trepa por un camino de alambres torcidos y restos de yeso hacia la estampa del soldado posando para una estatua que no existe.

—¿Cuándo? ¿A qué hora me va a poner los cuernos este tipo tan ocupado? —concluye mi madre abrazada a mí—. Pobre. Míralo. ¿Tú crees que podría? ¿Tú crees que sería capaz de hacer esa canallada, un tipo así?

Pero justo un helicóptero sobre las palmeras que no sabe si quiere aterrizar o volver a subir nos obliga a callar. El ruido, el viento que barre con las palmeras solo le agrega altivez al general y se la quita a Walter, que desesperadamente trata de atraer su atención mostrándole en una carpeta celeste unos papeles que hablan por él. El informe, seguro, la PDI, el dedo, el bolso Armani. El general que no deja ni por unos segundos la pose marcial, como si se informara de una muerte más, una muerte entre tantas muertes que azarosamente no más es la de su esposa, pero ante la cual no debe frente a sus subalternos hacer ni la menor diferencia. Ni una lágrima, ni un grito, nada más que una mueca minúscula que pasa desapercibida debajo del ruido infinito del helicóptero, que finalmente aterriza sobre los restos del edificio.

El general Maza, la cabeza apenas un poco más agachada que lo normal, baja con cuidado profesional la montaña de escombros y sigue de largo hacia otro grupo de soldados a los que fustiga con órdenes perentorias. Bastante menos hábil, Walter resbala hacia abajo como puede removiendo grandes cantidades de tierras y deshechos. Los oficiales, aliviados, lo ayudan como para que no siga tropezando en los últimos tramos de su descenso.

—Gracias —dice Walter y más allá de todos los oficiales camina directo hacia mí—. Tienes para tu reportaje, parece. ¿Viste todo? Escribe, ahora, escribe —me dice y sigue dos pasos más abajo hacia su esposa que lo abraza y le limpia el sudor de la frente.

Una explicación

Solo hay una cosa peor que ver a mi madre enamorada, y es ver a mi madre abandonada. Mi madre no es como la gente normal que llora muchos días enteros y cuando no puede llorar más, se olvida y sigue con su vida. Mi madre no se muere de una vez, sino que va dosificando su dolor en cuotas de algunas horas todos los días, como un chocolate que se esconde de los niños en su papel dorado para que no se acabe con los días, las semanas ni los meses. Se maquilla para verse saludable, se viste con su uniforme de todos los días. Se queja un poco, trata de enojarse con normalidad, como si no hubiera pasado nada, pero no está realmente viva, ni tampoco está por completo muerta. Se quema sin llamas de pura combustión interna que nadie más percibe, solo yo y la Sol, mi hermana, que la oímos toda la noche gemir al lado de Beto, el perro atrasado mental que heredó del tío Hans, el tío al que los militares torturaron hasta matar el mismo año en que nació mi hermana.

Yo pensé que esta vez había madurado, que había aprendido su lección. Manuel, su último novio, era un inútil, pero no lo escondía. No era cínico, Manuel, y se podía conversar con él. También se podía no conversar con él, que era lo mejor, porque uno no se sentía obligado a nada. Parecía más un arrendatario que un novio y mi mamá más una dueña de pensión que una enamorada fatal. Pensé que por eso se quedaría, porque que él estuviera ahí era un arreglo que nos convenía a todos. Pensé que Manuel no haría nunca por amor o por antiamor, o como se llame eso, nada que no le conviniera y que mi mamá sabía que eso era lo que merecía ella, un tipo que la necesitaba mucho, pero no demasiado. Un tipo que ella necesitaba un poco, solo un poco, pero no hasta el final del mundo y del tiempo ni la noche entera hasta que vuelve el sol congelado en las ventanas de la casa todas las mañanas de invierno.

¿Por qué, entonces, el inútil de Manuel, que no tomaba nunca ni una decisión, tomó la terrible decisión de irse antes de que mi madre lo

echara? ¿Cómo se va así cuando por fin alguien en el mundo lo necesita un poco? Eso quería que me explicara a mí para yo podérselo quizás explicar a mi madre cuando se cansara de sobarse en su sufrimiento interminable y perfecto por todos los muros.

—La casa roja. Segundo piso... —me indicaron en el barrio de casas de dos pisos cerca del centro donde un amigo de un amigo de él me dijo que estaba viviendo. Una larga escalera húmeda daba sobre unas piezas en ruinas, un tipo que tocaba un bajo eléctrico con un cigarrillo y el pelo largo, un pasillo con afiches rotos hasta una puerta abierta. Al fondo del fondo Manuel, sus largas piernas torcidas sobre un colchón sin sábanas, fumando un pito leía el suplemento *Sexto Sentido* del diario *La Cuarta*.

—¿Cómo estás? —dijo con su asquerosa simpatía, que se me había olvidado lo simpática que era, y dejó caer al suelo las zapatillas muy blancas y muy rojas que le había regalado en su cumpleaños mi mamá para intentar algo parecido a levantarse de la cama.

—Bien —respondí yo.

—¿Sigues en el colegio?

—Sí —cayeron dos o tres minutos de silencio o veinte segundos.

—Perdona el desorden —me ofreció una silla rota.

—¿Vas a volver? —dije bruscamente con las sienes ardientes a punto de estallar.

—¿Adónde?

—A la casa.

—¿Quieres que vuelva? —le sonrió a sus zapatillas miserablemente nuevas cuando todo en esa pieza era antiguo o usado, más bien—. ¿Viniste a buscarme? —y se sonrió de solo pensarlo, el miserable payaso. No era respetable, era incapaz de hacerse respetar y sin embargo yo temblaba de puro miedo y era capaz de arrodillarme a sus pies para morderlo después.

—Ella no sabe que estoy aquí. Si llega a saberlo me mata.

—¿Por qué quieres que vuelva?

—Porque si no voy a tener que cuidarla yo. Estoy muy viejo para cuidar a mi mamá. Tengo derecho a vivir yo también.

—¿Qué edad tienes?

—17 años y medio. Me atrasé un año en el colegio porque nos

fuimos a Brasil. No alcancé a aprender portugués allá así que me quedé sin ir a clases un año.

—¿Y qué hacías todo el día si no ibas a colegio?

—Miraba por la ventana. Vivíamos en un edificio lleno de ventanas.

—¿En Rio?

—No, en São Paulo. Cerca de Higienópolis, cerca de São Paulo, más bien, cerca pero no al lado... No importa. ¿Vas a volver?

—Tu madre es muy valiente. Yo admiro eso de ella.

—Eso no tiene gracia, ella no tiene miedo. No tiene gracia ser valiente si no le tienes miedo a nada —Manuel sonrió.

—¿Quieres que se lo preguntemos?

—¿Preguntar qué a quién?

—A mi papá, no puedo volver con tu mamá sin preguntarle. Yo le pregunto todo a mi papá primero. Vamos.

Y con un entusiasmo y velocidad que no le conocía se levantó por fin y sin despedirse del tipo que seguía tocando el bajo se puso una chaqueta de jeans toda manchada de pintura.

Bajó a saltos las escaleras y atravesó la plaza bajo una ráfaga de viento tibio que esperaba convertirse en cualquier momento en tormenta. Su papá era un gran sindicalista, un sabio, no paraba de explicarme mientras entraba a buscarlo en un enorme Teletrack repleto de humo de cigarrillo.

—Mi papá —me presentó a un señor bajo y cuadrado de bigote blanco que torcía y retorcía de impotencia un jockey gris entre las manos—. Ernesto, un amigo.

—Un gusto conocerlo, señor —dije sin atreverme a darle la mano que él tampoco hizo nada para estirar hacia mí.

—¿Te gustan los dibujos animados? —me preguntó el viejo.

—Ya no.

—A mí sí me gustan. Me gusta el del ratón —dijo.

—¿Mickey? —pregunté yo.

—No, ese no.

—¿Jerry? —preguntó Manuel.

—No, ese menos. No importa, da lo mismo, me gusta no más.

—Ernesto, aquí presente, dice que me case. ¿Qué opinas tú, papá? —lanzó de pronto Manuel.

—No le pido que se case… no es eso, solo una explicación, eso no más quería, pensaba que podría darle una explicación a mi mamá de lo que pasó o no pasó… —no sé de dónde encontré la fuerza para corregirlo.

—¿Qué quieres ser cuando grande? —me preguntó el viejo.

—Ingeniero civil —respondí.

—Eso es muy serio, huevón. Tienes que ser artista. Ahora los artistas ganan mucha más plata que los ingenieros civiles. ¿No es cierto, Manolo?

—Vámonos —susurró a mi oído Manuel. Y abrazó a su padre, que no parecía inmutarse con sus besos, y me empujó hacia la salida.

—El viejo perdió mucha plata hoy, cuando pierde en los caballos se pone huevón, no sirve para nada. Vámonos a tomar algo por ahí.

—Yo sé que mi mamá es insoportable. No quiero que te cases con ella, solo que le expliques qué pasó, eso es todo, que hablen como dos adultos… —dije mientras nos sentábamos en la terraza de la fuente de soda más naranja que encontramos.

—Dos cervezas. ¿Quieres algo más fuerte?

Yo no tomo pero no quería explicarle «yo no tomo, aunque tenga edad para tomar, no tomo». Eso estaba bien para mis compañeros de curso, pero no para ese pobre tipo que se rasca el cuero cabelludo como si tuviera lepra. Si era su juego, tenía que jugarlo con sus reglas, y eso incluía la cerveza.

—Yo no la encuentro nada insoportable a tu mamá, ese no es el problema —dijo Manuel ordenando torpemente la espiral invertida de servilletas en el cono de metal donde se presentaban.

—¿Cuál es el problema, entonces? —pregunté aunque supe inmediatamente que era la pregunta que no había que hacer, así que me ahogué en un trago muy largo de cerveza amarga hasta el fondo de la garganta—. Si vas a dejarla, déjala de a poco, no la dejes sola tan de repente, es lo único que te pido.

—No pude mentir. Lo prometí. Prometí nunca más mentirle a nadie. No voy a romper esa promesa con tu mamá. Con tu mamá menos que con nadie.

—¿Cuándo prometiste esa huevada?

—En Argentina hace muchos años. Quemé el auto de Franklin

Caicedo, un actor chileno famoso allá. Da lo mismo… Para hacer unos efectos especiales, quemé su auto y no se lo dije nunca en la cara. Estuve arrancando por todo Buenos Aires durante meses para que no me matara el viejo. Después de eso prometí no mentir nunca más.

—¿Filmaste una película?

—Algunas, a veces.

—¿Una película de verdad entera, de esas que pasan en el cine de verdad? —seguí interrogando, yo había pasado de viejo escéptico a joven discípulo.

—Dos en Perú, dos acá, una en Argentina. Después corrieron que era yeta y nadie me contrató más. Así es el medio, si todos creen que eres yeta cagaste, eres yeta. Tengo una hija. Es ingeniera como tú. Vive en Australia. Ella quiere ser seria, para no ser como yo. Yo encuentro que soy serio, a mi manera. Serio a mi manera, pero serio al final. No veo para qué se esfuerza tanto, total nunca va a ser como yo, pero igual tiene miedo, no sé por qué. Por eso vive lo más lejos posible… Yo no tengo carácter, si tu mamá me lo pide, vuelvo al tiro —interrumpió el murmullo que hacía con su propia garganta.

—¿Entonces quieres volver? —dije yo.

—No es que quiera o no quiera, pero si me lo pide ella, tendría que volver. Pero sé que ella no me lo va a pedir nunca, así que da lo mismo. Por eso la admiro, porque aunque sufra como un perro no va a venir nunca a pedirme que vuelva.

—¿Y no te importa que sufra como un perro?

—Sufrir no es tan terrible en la vida. Hay tantas cosas peores que sufrir… ¿Cómo era tu papá?

—Era ingeniero, ingeniero en minas, trabajaba en El Teniente. No creo que importe hablar de él ahora… No sé si le gustaría que habláramos así de él tú y yo. Después de todo tú y él… —y no quise decir «su lugar» o «tu lugar».

—No importa, seguro, te entiendo, pero hablemos igual.

Sacó del fondo de su cajetilla de cigarros otro pito de marihuana torcido y húmedo. En perfecta paz se puso a fumarlo en medio del restaurante como si fuera lo más legal del mundo.

—No lo conocí casi a mi papá, el ingeniero. Murió cuando yo tenía tres años. Se quedó dormido en un camión en las faenas. Se cayó a un

barranco y murió. Era muy serio parece, muy flaco, le hacía clases de alemán a los obreros.

—No me parezco nada a ese señor.

—Ninguno de los novios de mi mamá se parece a mi papá. Mi mamá tiene miedo a que se mueran si son demasiado serios y enseñan alemán. La gente seria se muere en serio, dice mi mamá. Por eso le gustas tú, porque no eres serio.

—¿Cómo que no soy serio? Estás igual que mi hija —se enojó tan de repente que me ahogué de nuevo en la cerveza que no me gustaba nada de nada, pero seguía tomando como si no quisiera hacer otra cosa durante el resto de mi vida.

—Sí eres serio, pero de otra manera... —tartamudeé.

—Tienes razón, no soy serio. Puta la huevada. No soy serio pero tampoco soy cómico. No soy nada. Soy un huevón a medio camino. A tu edad yo era un genio. Podría haber sido ingeniero o abogado o filósofo o cualquier otra huevada. Podría haber sido cualquier cosa que me hubiera propuesto ser. Pero me desconcentré en la mitad. Quise que me quisieran y me perdí. Me dediqué a tocar guitarra como un huevón porque a todo el mundo le gusta la gente que toca guitarra. Después hice cine porque a todo el mundo le gusta la gente que hace cine. Después empecé a hacer sonido porque no hay que tomar muchas decisiones ahí. Todo por descarte, porque sí, por hacer algo no más, para no estar solo, para hacer las cosas, no más.

—Es más interesante ser músico que ingeniero. Por lo menos es lo que opina la gente normalmente —dije tímido y desentonado, aunque pensaba exactamente lo contrario.

—No soy músico y no soy ingeniero. Soy ingeniero en sonido, mira la huevá rasca.

—O sea, eres las dos cosas al mismo tiempo.

—No soy ni una cosa ni la otra. Me quedé a mitad de camino, en la mitad del camino en todo, esa es la huevá —siguió sin escucharme—. Ni tonto ni inteligente, ni rico ni pobre. Esta huevá, por ejemplo —me mostró el mojado pito que no paraba de fumar— me deja a mitad de camino entre estar volado y estar lateado. Toda mi vida es así. Este país es así, el mundo es así. ¿Te gustó la cerveza?

—No creo que dejen fumar esto aquí —seguí tartamudeando.

—Vámonos —decidió con la seguridad de un padre, sin soltar su pito de entre sus apretados dedos. Pagó la cuenta en la caja. Salimos a la completa oscuridad de la plaza.

No sé si yo estaba borracho o no, nunca había estado borracho antes, no tenía puntos de comparación. Solo sé que hablaba y hablaba mucho sin escuchar siquiera lo que decía, feliz de poder hablar, de por primera vez en mi vida hablar como si tuviera completa libertad para hacerlo, como si ya no viviera en el sueño de mi madre o el mío, como si por primera vez el aire frío de la noche me llegase ahí en la cara, como si estuviera recién llegado a Hamburgo o a Barcelona o a alguno de esos puertos donde voy a vivir algún día sin pedirle permiso a nadie y donde podré ser un poco libre a escondidas y volver con la piel curtida sin que nadie pueda seguir riéndose de mí.

—No sé por qué mi mamá se pone así cuando se enamora —dije por decir al viento que ni siquiera corría—. Se enamora, y es como si no le importara nada todo el resto, es como si solo le importara sufrir todo su sufrimiento hasta el final. Como si solo su dolor existiera de repente. Como si fuera su festín desesperarse. Como si fuera su fiesta, como si actuara a morirse y quedarse viva al mismo tiempo. Como si estuviera feliz de ser tan infeliz. Como si se quedara suspendida en la nada.

—Fulminada por un rayo —dijo Manuel, sosteniéndose contra un arbusto mientras orinaba hasta la última gota.

—¿Cómo sabes?

—A todos les pasa esa huevá alguna vez en la vida. A todos, menos a mí.

—¿Tú crees que me va a pasar alguna vez esa imbecilidad a mí?

—Claro que sí, ¿por qué no?

—Esa huevada no es amor. Lo llaman así porque no tienen más palabras con las que nombrarlo, pero es una obsesión no más. Es un juego, un coqueteo infame, un capricho nada más. Se supone que uno se enamora para ser feliz, no para cagarse la vida y cagar la de los demás. El amor no puede ser esa estafa. ¿No te parece?

—No sé, a mí nunca me ha pasado. Esa huevá no es para huevones que se quedaron a mitad de camino. Pero tú no, tú eres valiente, a los valientes siempre les pasan cosas terribles.

—Yo no soy valiente —traté de salvarme de su pronóstico—. ¿Para dónde vamos?

No respondió, pero ya sabía: la comisaría de los Guindos, el colegio de los Carmelitas, el supermercado amarillo, la calle torcida que da con la mía, más torcida todavía.

—No es necesario —le expliqué—. Ya pasó. Es una huevada, Manuel. No tienes por qué venir. Tú tienes tu vida, ella la suya. No te preocupes, se lo digo yo todo. No te preocupes, Manuel, ándate a tu casa, yo le explico todo. Es una tontera mía todo esto. No vayas, ¿para qué?, no te preocupes. Por favor no vayas.

—Tengo que ser valiente. Tienes razón, no me puedo ir sin dar una explicación. Esa huevá es de cobardes. Yo soy una mierda, pero no soy un cobarde. Hay que ser valiente en la vida, valiente una vez por lo menos en la vida. Déjate de huevás, hay que ser valiente —repetía como electrocutado al borde de la vereda—. Hay que ser valiente en la vida, hay que ser valiente, hay que ser valiente —repetía y repetía como si no supiera otra frase—. ¿Aquí es? —me preguntó con voz resbalosa cuando llegamos a la fachada de la casa—. Me acordaba que era más chica la casa.

—No es necesario que entres. En serio, Manuel, no es necesario. Si quieres ándate, arranca, corre. Está loca mi mamá. No va a entender aunque le expliques todo. Se va a ofender si le explicas. Completamente loca mi mamá, olvídate de ella, sigue tu camino, no te preocupes, vive tu vida —me parecía que todo había terminado hace tanto tiempo, yo estaba libre, mi madre estaba libre, la Sol, mi hermana, estaba libre, mi padre estaba libre, libre y muerto, y solo Manuel estaba como preso, agarrándose de la reja para que una ola, que solo él y yo veíamos, no lo botara completamente al suelo.

—No te preocupes —me sonrió—, no te preocupes, no es nada grave, una explicación nomás, como tú dijiste, tu mamá se merece una explicación —dijo. Pero yo ya no estaba para escucharlo, manchado, mareado, viejo de cien mil años entré silencioso a mi casa.

—¿Dónde estabas, Ernesto? Estábamos todos preocupados por ti, es tardísimo, llámame siempre para saber si vas a venir o no a cenar —intentó mi madre atraparme con la voz.

—Por ahí, por ahí estudiando... —corrí hacia la escalera, el segundo

piso, mi pieza. Me saqué la chaqueta. Me acosté en menos de un microsegundo pero de un salto fui hacia la ventana. Manuel solo en la entrada del antejardín, las manos todavía atadas a los barrotes de la reja. Sin entrar ni dejar de entrar, su boca respirando todo el humo del mundo. Un farol amarillo aplastaba sus engripados rasgos que ya no podían ni avanzar ni retroceder un paso más. Aire en el pecho que llena y se va. Fuerza apenas en su palidez de chino con paludismo y por fin toda la decisión para sin tocar el timbre abrir el pestillo de la reja del jardín y avanzar sin más fuerzas que su sombra hacia la puerta y tocar el timbre, esperar y tocar el timbre y volver a esperar: un segundo, dos, tres, esperar.

Amapola

Durante un mes Vicente y Bautista tuvieron una hermana.

Antes de que apareciera de repente en esa plaza de Papudo, los primos Acuña trataban de mirarse lo menos posible. Bautista, que había vivido en los lugares más exóticos del mundo, solo hablaba de los juegos de computador que le compró uno de sus padrastros en Estados Unidos. Vicente, que nunca había salido de Chile, para no contagiarse con la tontera de su primo hablaba en cambio de un poeta que le rezaba a Satán en vez de a Dios, ¿cómo no sabes si viviste en Francia, ese que encuentra flores en el mal?

—¿Baudelaire? —descubrió por fin Bautista—. ¿Cómo le dices tú? —Y rojo de una vergüenza infinita Vicente supo que el apellido del poeta no tenía nada que ver con la palabra «aire», o que aire no se pronuncia en francés como en castellano. Vencido en su propio juego se limitó a escuchar a su primo hablar de fútbol (que pronunciaba a la mexicana, traduciendo al español el *football* de los gringos).

Siguieron así cuadras y más cuadras, seguros de ser completamente distintos entre sí, hasta que de pronto una niña bajó de los columpios para decirles que eran iguales.

—Son tontos los dos, las nubes no tienen formas de animales. Las nubes son nubes no más —les dijo la niña cuadrada y cejuda mostrándoles el cielo a los primos Acuña, las nubes gruesas unirse y separarse sin formas encima de sus cabezas.

—Esta es la plaza de los niños —insistió ella—. Ustedes no son niños. Se ven ridículos aquí. Ustedes son tontos y feos. Dios no los quiere. No van a ir al cielo, aunque recen como locos nunca van a ir al cielo...

—Yo voy a ir al cielo antes que tú, cabra de mierda —desafió Vicente.

—Los niños no mienten —siguió aleccionando la niñita, agitando fanáticamente el dedo índice para acusarlo a Dios, que era muy amigo de ella y le hacía caso en todo.

—Yo soy niña y ustedes no, así que yo tengo la razón y ustedes no.

—Pero si yo también soy niño, Amapola —descubrió Bautista.

—No me llamo Amapola.

—Así te llamas tú, ¡Amapola! ¡Amapola! ¡Amapola! —insistió Vicente solo para ver a la niña enojada, pateando indignada el suelo.

—¡No me llamo Amapola! ¡No me llamo Amapola, no me llamo Amapola!

—¡Amapola! ¡Amapola! ¡Amapola! —canturreó Vicente victorioso mientras ella pataleaba, mordía, lloraba antes de salir corriendo a acusarlo a alguien sin nombre hacia el cual desapareció sin dejar rastro.

Los primos se quedaron esperando que alguien viniera a retarlos. No vino nadie. Aliviados y decepcionados a la vez, emprendieron el camino de vuelta a casa. Como no tenían nada que hablar, hablaron de eso, de Amapola, ¡qué rara esa niña!, qué ridícula, qué tonta, qué loca la Amapola. Enumeraban sus particularidades mientras el camino de asfalto se volvía de tierra y pasto hasta que llegaron al final mismo de la bahía, donde no había más casas que la suya, triangular y cuadrada a la vez, llena de ángulos y más ángulos, cristales raros, colecciones millonarias del «típico marica glamoroso amigo de la Marisa», se quejaba Mirella, la mamá de Vicente.

—No toquen nada, todo aquí vale millones —e iba con un trapo eliminando cualquier huella digital que los niños agregaran a los objetos—. Ya pues, te dije, no toques nada.

Para obedecer mejor a su mamá, Vicente subía a la terraza, que era también el techo de la casa, donde la mamá de Bautista disolvía en la inmensidad del crepúsculo una siempre inminente jaqueca que podía dejarla viendo todo en blanco y negro por semanas y semanas.

—Morir sería un regalo cuando te pasa esto, te juro, mi amor. Es peor que estar ciega, porque ves. Respira este aire, respira Vicente precioso el aire de la bahía —y tomaba y soltaba su cabeza entre sus manos para que el viento se perdiera más completamente aún en su túnica de lino de innombrables colores.

—¿Qué lees, niño? ¿Por qué lees tanto tú? ¿Por qué me salió a mí el niño tonto y a la Mirella el niño inteligente?

—No es tonto el Bautista, es niño nomás —defendía a su primo

Vicente, a pesar de estar fundamentalmente de acuerdo con su tía.

—¿Y tú no eres niño acaso? —sonreía ella con toda la parte de su rostro que no cubrían sus gigantescos anteojos oscuros de marco italiano como todo lo que tiene estilo, «Italia, todo lindo, caro pero lindo». Italia, la marca de los anteojos, los innombrables colores de la túnica, absorbía Vicente toda la información que podía de la mamá de Bautista, quizás porque la mamá de Bautista era escritora y él también quería ser eso cuando grande, y era famosa y la traducían a muchas lenguas y él quizás no sería tan famoso como ella, pero igual lo traducirían a muchas lenguas.

Aunque era raro que casi no hablaran de libros sino de lo tonto que era Bautista y del sol que se esconde en la bahía más linda del mundo.

—Si Chile no fuera tan feo sería el país más lindo del mundo.

Pero no era Chile el feo, se corregía luego Marisa, sino los chilenos que antes (lo que significaba siempre antes de 1973) habían sido salvajemente lindos y terriblemente crueles, y ella no sabía si podía volver a vivir en un país que había visto sufrir y hacer sufrir a tanta gente que ella quería.

—Viven en un volcán y no lo saben. Creen que está apagado y no saben que está siempre prendido, que en cualquier momento puede explotar. No tienen idea, no saben dónde están parados los chilenos. ¿Me quieres, Vicente? —preguntaba ella y Vicente con las mejillas sorprendentemente rojas respondía con la cabeza que sí. Y ella se reía con sorna, pero también con dulzura de la parquedad sonrojada de la respuesta de su sobrino, y le daba un beso en la frente como si se lo diera en el centro de los labios.

—No le digas nada de todo eso a la Mirella —le rogaba. Pero Mirella estaba en ese mismo momento demasiado ocupada limpiando los ángulos de la casa y maldiciendo a «estos maricones que no pueden hacer nada como todo el mundo», para preocuparse de los crepúsculos de su hermana y los sonrojos de su hijo. Bautista la seguía de una pieza a otra, porque era raro escuchar una voz tan parecida a la de su madre hablando de lo único que nunca hablaba su mamá, de la limpieza de los baños y los pescados al horno, pero maldiciendo como su mamá y riéndose a la vez como ella de sus propias maldiciones mientras su marido, callado y gris, trasladaba detrás de ella y sus

imperiosos guantes de hule celeste un balde entero de agua oxigenada.

Y daba lo mismo que la casa viniera con un pescador especial y la esposa del pescador incluida para hacer la limpieza, y no importaba que en Santiago ni Lucho ni Mirella fueran tan impecables como lo estaban tratando de ser en esta casa de playa. Más que cualquier hipotética limpieza le importaba a Mirella maldecir los rincones raros de la casa y a los que se llenan la boca de Chile por el mundo entero y son famosos e internacionales y de la izquierda jet set y no están aquí donde las papas queman. Y a Bautista, que solo conocía el español de México, le gustaba la imagen de las papas quemándose en medio de esa hoguera de cenizas que era todo aquí, el Chile de los volcanes de los que siempre hablaba su mamá.

—Una vida. Yo decidí tener una vida. No soy rica, no soy famosa, pero tengo una vida —y mostraba discretamente la sombra callada de su marido limpiando detrás de ella el escalón de la escalera en caracol que acababa de limpiar—. Oye, ¿me quieres tú a mí? —levantaba Mirella casi a escondidas su cara bañada de una delgada y luminosa capa de sudor para sonreírle a Bautista, que no sabía qué responderle de vuelta a esa cara tan joven y salvaje, tan distinta y tan parecida a la de su propia madre.

—¿Por qué es tan valiente tu mamá? —le preguntaba Bautista a Vicente cuando estaban a solas, cada uno en su camarote.

—¿Valiente? No es valiente mi mamá, está enojada nomás.

—¿Enojada? ¿Por qué?

—No sé, le gusta estar enojada. Cree que así es más importante. Todo lo que hace lo hace para no ser como otra gente que ella odia.

Valiente era la otra, la mamá de Bautista, pensaba Vicente sin atreverse a decírselo. Valiente la mamá de Bautista, que no tenía país porque todos los países podían ser suyos y no dejaba que ningún hombre jugara más de dos años enteros a ser su marido, porque lo que importaba era escribir sus novelas que se traducían a todos los idiomas y que una vez publicadas parecían importarle todo y nada, como las multicolores amarras de sus sandalias que no se parecían a las sandalias de nadie en el mundo.

Pero como sabían que no se pondrían nunca de acuerdo sobre la mamá del otro, preferían hablar de la Amapola, que era su secreto, un

secreto sin importancia, pero un secreto, al fin y al cabo. ¿De dónde salió la Amapola? ¿Quién es la Amapola, qué hace aquí la Amapola? Fea y exigente, pequeña y seria, vestida de un rojo de cuento de hadas, pero real. Y volvían preguntándole al otro lo que había visto, para asegurarse de que era lo mismo.

—¿Por qué me persiguen ustedes? ¿Quieren un autógrafo mío acaso? Yo no soy famosa, pierden el tiempo conmigo. ¿Qué están haciendo aquí? ¿No tienen nada mejor que hacer en la vida que perseguirme por todas partes ustedes?

—Amapola, ¿quieres jugar con nosotros?

—¡No me llamo Amapola! ¡Hasta cuándo, no me llamo Amapola!

—¡Amapola! ¡Amapola! ¡Amapola! —cantaban los dos primos al unísono hasta verla silbar de rabia como una tetera hirviendo.

Y sin saber cómo ni cuándo pasaban a balancearla y esperar al final del resbalín, para luego subirla a las cuerdas y suspenderla en el aire todo lo que ella quería.

Se reía Amapola, hasta que volvía a rabiar y a amenazar con acusarlos si la seguían llamando Amapola. Y volvían los primos a esperar el castigo mientras miraban bajar y subir racimos de gente de los buses interprovinciales. Y a los otros padres llevarse a sus niños y el viento frío bajar hacia la playa. Hasta que sin nada más que hacer en la tarde, retornaban satisfechos a sus lugares en la casa, Vicente a admirar con la mamá de Bautista «el maravilloso sol de Chile».

Y risas como olas y puntos de interrogaciones sin frases y exclamaciones mientras van ascendiendo y descendiendo el último rayo de sol y los primeros manchones de noche. Y sus anécdotas y sus olvidos, como si se tratara de una partitura que habían venido a la terraza a ensayar los dos, mientras su primo Bautista se ofrecía de voluntario para trasladar por la escalera el balde lleno de agua oxigenada con que Mirella y su silencioso marido volvían a limpiar lo ya fregado ayer para seguir esa otra partitura que eran las maldiciones.

—Tomando el sol, justo cuando hay que decidir qué vamos a comer, muy de personaje eso, siempre estar en otra cosa que los demás.

—Es así tu hermana, tú sabes que es así, déjala ser —la disculpaba el siempre ecuánime Lucho, que se pasaba el día entero leyendo

instrucciones en paquetes, cajas y botellas para hacer todas las cosas de manera ordenada y no equivocarse nunca. Todo eso mientras Bautista no podía dejar de mirar obnubilado eso que nunca había visto antes: una pareja preguntarse con pasión si más sal o menos sal, si adobada o al horno la merluza austral. Y sacar el pescado con cabeza entera entre las velas y los platos azules, y abrir botellas de vino y champagne. Coordinación perfecta de los cuerpos que trabajan juntos, que aprenden a olerse antes de mirarse, unidos alrededor de la mesa, que Marisa celebra como nadie, aunque luego, muy luego se encontrará con un dolor de garganta y una necesidad urgente de ir a acostarse a alguna parte para que la migraña no la tome desprevenida el resto de la semana.

—Perdonen, perdonen, estaba delicioso todo, pero necesito descansar, la migraña, la horrible migraña —y Mirella iba afilando en la rueda de las frases comunes y corrientes de Lucho el cuchillo mismo de sus pupilas. Y los primos se miraban sin saber a quién defender. Hasta que al final del postre los hermanos, que no eran hermanos sino primos, se levantaban de la mesa para suponer a Amapola, ¿vendrá o no vendrá la Amapola? ¿Qué pensará o no pensará la Amapola? Y los juegos de video y el frío terrible, que era menos terrible que el calor mojado del verano en Venecia —contaba Bautista salpicando su español de italiano e insultos mexicanos—, y los viejos muy viejos con sus medallas en el pecho en Estocolmo después de la ceremonia del Nobel y «el caviar, que es lo más asqueroso que hay en el mundo, en cambio el pescado ese que hace tu papá es delicioso».

—No es mi papá.

—Bueno. Es que yo les digo a todos papá, por si acaso. Imagínate si me aprendiera todos los nombres de los papás que he tenido —y se reían de esas y otras tonteras, hablando de cualquier cosa, durmiendo entre medio, volviendo a hablar por hablar, porque con una cierta oscuridad lo que pensaban era igual a lo que decían, y el rumor del mar los envolvía con tanta ternura como rabia, y era como si navegaran en medio mismo del tiempo sin fin en que la noche se seguía convirtiendo en más noche hasta que era de día. La interminable mañana y el más interminable almuerzo que Lucho iba complicando de platos y más platos gourmet inventados por él.

Interminable celebración de lo mismo mientras los primos cuentan los segundos para correr a la plaza a ver si el milagro se repite y está Amapola.

—¿Es ella? —se esperanza Bautista.

—No, nada que ver. No se parece nada a ella. No se atrasa la Amapola en general, llega a la hora —comenta Vicente, aunque ninguno de los dos supiera cuál era la hora exacta en que aparecía normalmente Amapola. ¿Qué le pasó? ¿Por qué no vino?

Hasta que una voz que no vieron acercárseles les dijo:

—No va a venir.

—¿Eres su hermano? —preguntó Bautista, aunque el niño flaco y moreno no se parecía nada a Amapola.

—No va a poder venir la Amapola. Eso es todo. No les puedo decir nada más. No la vengan a buscar más, eso es lo único que les puedo decir ahora.

—Mentira —dijo instintivamente Bautista.

—No me obliguen a decir cosas que no quiero decir. Son buenos niños ustedes, no tienen nada que hacer aquí. Váyanse luego, mejor. Se los digo por su bien. Váyanse lo más rápido que puedan.

—¿Y mañana? ¿Va a venir la Amapola? —preguntó Vicente.

—Ya pues, cabros, no sean tontos, váyanse calladitos a sus casas nomás —se desesperó el emisario acariciando una de sus manos con la otra.

—¿Mañana? —insistió Vicente.

—No hagan tonterías, cabros. Ni mañana ni nunca. ¿Está claro? La Amapola no va a volver nunca más.

Para subrayar la decisión el niño escupió algo que aplastó con su zapato para trazar en el suelo una raya húmeda. Desvió la cara lejos de los primos y diciéndole «chao» al vacío desapareció hacia la misma esquina por donde siempre se iba Amapola. Y los buses llenos y los papás recogiendo a sus hijos y el viento más apurado que nunca entre las ramas de los árboles.

—Dijo Amapola —quebró Vicente el silencio sepulcral con el que caminaban de vuelta a la casa los dos primos—. ¿Te fijaste? Le dijo Amapola. Dos veces dijo Amapola.

—Ella seguro le dijo que la llamamos así —no quiso Bautista creer

en el milagro.

—Pero quizás se llama Amapola de verdad —insistió Vicente—. Quizás por eso estaba tan enojada con nosotros. Quizás adivinamos su verdadero nombre. Oye, ¿por qué estas corriendo tanto?

—Esos gallos de atrás nos están siguiendo hace un rato —le mostró Bautista dos sombras de su edad que los miraban desde la cima de un desfiladero de arena que delimitaba la orilla norte del camino.

—No te preocupes, no están haciendo nada, están puro mirando —dijo Vicente justo cuando coordinadamente

sacaron del suelo peñascos de arena que empezaron a lanzarle a los primos Acuña.

—¡Oye, nada que ver, no les estamos haciendo nada, dejen de tirarnos cosas! —Pero sus ruegos solo conseguían que les lanzaran más proyectiles de tierra y hierbas y piedras y escupos y «maricones, hijos de puta, culeados, conchasdesumadre».

—Los pacos, allá, allá están llegando los pacos —trataron en cambio un truco infantil de huida.

—¡Culeados, culeaditos! ¡Muéranse!

Arrodillados, Vicente primero y Bautista después, esperaron con los ojos cerrados que les patearan las costillas, las piernas, la cara que milagrosamente no llegaron a destrozarles porque alguien silbó a lo lejos y los llamó de vuelta.

Los primos se quedaron llorando a coro, asustados, gimiendo en el suelo dos minutos más para asegurarse de que los enemigos se habían ido totalmente. Recién entonces se atrevieron a mirarse desde el hueco que les dejaban los brazos con que protegían sus caras.

—¿Se fueron? ¿Estás seguro que se fueron? —preguntó Bautista a Vicente. Tímidamente Vicente se atrevió a sacar la cara de entre los brazos y mirar hacia los dos lados del camino.

—Parece que sí. ¿Qué les hicimos? ¿Qué querían esos huevones? —porque les ofrecieron las zapatillas y las poleras, las billeteras y los pantalones, que se llevaran todo, que hicieran lo que quisieran con sus cosas, pero no se llevaron nada.

—Les ibas a entregar todo, cobarde de mierda —se levanta de a poco Bautista de entre todos sus moretones, encontrando no sabe cómo algo de la valentía inútil que dejaron los enemigos pulverizada en el suelo.

—Y tú, huevón, con la huevada de Pinochet —porque en medio de la lluvia de patadas Bautista había intentado el argumento político: «Por favor no me maten, no me maten, soy bueno, a mi papá lo mató Pinochet. Son como Pinochet ustedes. No hagan eso, no hagan eso».

Ruegos que solo aumentaron las burlas de los agresores, que se pusieron a cantar: «¡Pinochet, Pinochet, aquí estamos otra vez!», como un mantra que solo redoblaba la intensidad de la lluvia de peñascos y escupos, que no terminó hasta que se cansaron de cantar el nombre del dictador.

—Eran del pueblo, yo pensé que no les gustaba Pinochet. Eso dice mi mamá, que la gente del pueblo odia a Pinochet.

—Pinochet, no me peguen, Pinochet, no me peguen más —se puso a imitarlo Vicente. Pero en vez de enojarse, Bautista se rio. Vicente exageró más la imitación para reírse él también. Riéndose justamente de sus cuerpos todos golpeados volvieron abrazados o casi a la casa. Les sorprendió no ver sobre el techo flamear la túnica de lino de la tía, ni el olor a comida en el horno, ni el horno mismo encendido por Lucho y su copa de vino, sus bluyines raídos y sus anteojos de marco tipo John Lennon. Todo eso se lo llevó tras la enésima y final pelea. Una de esas peleas tan discretas y silenciosas que solo Marisa, que abrazaba con todas sus fuerzas las lágrimas de su hermana Mirella, había oído desde el primer minuto.

—Te lo dije, te lo dije. No me quise meter, por eso me fui al techo. Quería que te funcionara, en serio, mi amor, preciosa. Pobre huevón acomplejado. No te llega ni a los talones. Pobre tipo sin agallas. Tú te mereces algo mucho mejor que ese pobre tipo, Mirella preciosa. Tú eres una artista, tú eres la verdadera artista de la familia. Los cuentos que escribías tú… eran maravillosos tus cuentos y tus dibujos y tus grabados. Tienes que volver a eso, dedicarte a eso.

Y como un solo gran nudo de lágrimas y brazos se fueron uniendo hasta no ser más que un solo cuerpo de cuatro ojos llorosos, de manos que se pierden en la espalda de la otra, que se acarician y se amasan,

que se mezclan y separan al mismo tiempo. Un nuevo ser de otra época y otra latitud tan lejana como perfecta: un animal que se devora y se resucita a sí mismo, un perfecto ser que los primos sentados en el mismo silencio común, golpeados, heridos, escupidos, pero vagamente felices, admiran como a un milagro. Su madre y su tía fundidas y refundidas, viajando a la raíz de lo que las hace una incluso cuando son dos, libres y limpias de toda contingencia compartiendo las fuerzas perdidas y las ganadas y las por ganar, uniendo en una sola carne dos cuerpos, la alianza indisoluble de todas sus heridas.

Una niña completamente rubia

Marie Jo tenía diecisiete años y era completamente rubia. Cuando conoció a Gerardo Jaramillo ya se había enamorado de un cura que había tenido que cambiarse de parroquia para no verla más. Ella había aprovechado el escándalo para irse a París a cuidar a los hijos de una baronesa que era muy vagamente pariente suya. A Gerardo por su parte el partido lo mandó de gira por Francia para explicar en algo parecido al francés la película *Ya no basta con rezar*, de Aldo Francia, a la luz del 11 de septiembre.

—¿No estudiaste en los Padres Franceses? Explícale a los franceses que en Chile hay curas revolucionarios —le dijo el encargado del partido con cierto desprecio hacia la educación burguesa de Gerardo, que no tuvo el valor de decir que apenas había aprendido francés (ni nada) en el colegio porque su tío era rector y lo dejaba pasar de curso sin que fuera a clases más que los días viernes.

Ya no basta con rezar mostraba a un cura que terminaba por recoger del suelo una piedra cualquiera para rebelarse por la pobreza de los cerros de Valparaíso. Todo era miserable y terrible pero a Gerardo le parecía que los colores de los cerros eran tanto más rojos y amarillos que el paisaje en París. Y esas caras manchadas, y ese cielo celeste, y los pescadores despidiendo la estatua de San Pedro en una lancha en la caleta rabiosa de gaviotas, y el doctor Francia, el director de la película, que era el pediatra de sus hijos, todo eso era como un sueño que debía contar a los franceses con las tres palabras francesas que sabía. Una pesadilla. Repetía «Chile» porque su forma chilena de pronunciarlo emocionaba de entrada a los católicos y/o hugonotes franceses que repetían con tono apesadumbrado y maravillado «Chileee», «Chileee», en vez de «le Chili», como se habían acostumbrado a decir.

Después de enseñarles a decir «Chile» seguía hablando a ciegas en castellano con unas salpicadas interjecciones y terminaciones verbales francesas, unos «tu vois» y la «gauche», la «dictadure» y «le fascisme»,

que se pronunciaban casi igual que en castellano, sonrisas sin dirección, órdenes partidarias, restos de los restos de lo que le decían los curas franceses en el colegio cuando jugaban a la pelota, para concluir todo con un «Hasta la victoria siempre, compañeros».

Marie Jo fue lo más joven que vio nunca en esas charlas y, aunque ella no hablaba nada de español y él no lograba pasar de saludar y agradecer en francés, se entendieron perfectamente. O más bien Gerardo entendió que no estaba obligado a seguir hablando en francés con ella, porque ella sin pedirle nada le ayudaba a guardar el proyector, la cinta, la película, cosas que antes de ella él siempre hacía al revés.

Ella lo hacía todo bien. Era su tragedia, decía, aunque por suerte o por desgracia él tampoco pudo entender esa declaración de principios en el francés a toda velocidad que ella hablaba. Sus manos, como si no fueran parte suya, lo hacían todo tan bien que ella pedía disculpas por eso, como si toda la torpeza de él, su incapacidad de pedir cigarrillos en los «Tabac» o de saber en qué plaza juntarse con los hijos de su exmujer, fuese un envidiable don. Y era un honor pedir por él en el restaurante universitario donde solo se alimentaban de postres, y un honor guiarlo como un ciego por las calles siempre tan antiguamente lindas donde ella era tan nuevamente linda siempre. Calles y más calles en diagonal en que hablaba sola sin parar como si el hilo de la conversación fuera exactamente eso, un hilo que los unía más allá del tráfico de las motonetas asesinas y los adoquines, los maniquíes y los parroquianos en esta ciudad de infinitas vitrinas. Hasta que de repente el Louvre o Notre Dame y los dólares de la Fundación Ford que le habían entregado a él cuando llegó a París sin más maleta que su chaqueta tironeada hasta la costura por los militares que lo subieron al avión a patadas, «futre de mierda», «pituco comunista culeado», peinándolo con la mano llena de escupos para que llegara a París «más encachado, así te culeai a alguna de esas francesas exquisitas que salen en las películas».

Y no quería pensar lo que pensaba, que al estar siguiendo a la rubia más completamente rubia de todas las películas francesas que había visto y vería jamás estaba cumpliendo al pie de la letra las órdenes que los militares le dieron en la losa del aeropuerto Pudahuel. Tan joven y

liviana, tan sonriente como en las películas pero sin subtítulos porque se supone que era real. ¿Real? No sabía, no podía hablar y no podía pensar tampoco. Seguía como quien no quiere despertar de un sueño que es también una pesadilla. Gastaba en ella lo único que tenía, tiempo, mucho tiempo que perder entre las visitas que le permitía su exesposa y las labores del partido donde nadie confiaba en él después de que se ganara la beca de los gringos de la Fundación Ford y de que anduviera con una francesa que podría ser no su hija pero sí la hermana menor de su hermana menor.

«Estoy aprendiendo francés», justificaba para sí mismo las horas de vagar por París con Marie Jo, nombre que aprendió a pronunciar en francés o casi. Masticaba Gerardo como podía su vocabulario chileno pensando que quizás a la larga de tanto escucharla sin entender nada de lo que decía, algo de francés se le iba a quedar pegado a la suela de los zapatos. ¿No es el mejor método para aprender un idioma la inmersión lingüística? ¿No se sentía justamente así con ella, sumergido bajo el agua, reteniendo el aire en la profundidad sin saber dónde termina y comienza el banco de coral? Pero mucho antes de que Gerardo pudiera decir algo más que *merci* y *bonjour* y *bonne nuit*, Marie Jo aprendió un castellano perfecto con un poco de acento madrileño que venía incorporado a los casetes de Berlitz que repasó el fin de semana largo donde lo que más le costó fue aprender las preposiciones y suposiciones del idioma.

No le costaba nada, volvía a pedir disculpas por su facilidad con el italiano, el inglés y algo del alemán, podía aprender en dos segundos cualquier otra lengua, podía ser la mejor secretaria cuadrilingüe, le explicó a Gerardo cuando este le contó que no le quedaba ni un peso más de la beca que habían consumido viajando todos los días en *bateaux mouches* y tomando cerveza y comiendo papas fritas en los cafés y restaurantes en los que se supone que fumaba su pipa Jean-Paul Sartre con sus amigos. Secretaria, archivista, moza de restaurante, Marie Jo podía hacer cualquier cosa y ninguna porque le tenía una diagnosticada alergia a la autoridad. Las veces que había tratado de trabajar en serio terminaba o acostándose con el jefe o insultándolo o las dos cosas al mismo tiempo. Una semana podía dejar clasificados los archivos de cualquier biblioteca pero de pronto se ponía a seguir a

algún predicador callejero y no volvía más. A la misma baronesa, que era tan buena con ella y no le pedía nada más que estar con sus niños, tenía que abandonarla cada cierto tiempo sin avisarle siquiera.

Antes de arriesgarse a trabajar y terminar quién sabe en qué, prefería volver a Morlaix, su pueblo de Bretaña. Eso hicieron. El padre de Marie Jo tampoco trabajaba. Le habían amputado las dos piernas durante la batalla de Vinh Yen —insistía una y otra vez que no era la de Điện Biên Phủ, que miraba en menos porque todo el mundo hablaba de ella— y recibía desde entonces una pensión de héroe de guerra. Cuando se enojaba se sacaba una de las dos prótesis y golpeaba la mesa con ella haciendo reír al resto de los veteranos de distintas guerras que poblaban el puerto. No entendía muy bien eso de Allende y los militares, era católico, o su mujer lo era por él, y votaba por quien le dijera el cura que había que votar, pero unos amigos comunistas en el bar le habían dejado entender que Gerardo era como él, algo parecido a un héroe de guerra. Le empezó en consecuencia a hablar de calibres de balas, de metralletas, de morteros en los que se había especializado desde que uno se llevó la mitad de su cuerpo y dejó la otra gritando en el barro tibio del trópico.

Como a su hija, a Jean-Marie no le importaba demasiado que Gerardo lo entendiera o no, mientras lo llevara de ida y de vuelta todas las tardes al bar de la parroquia. El francés, que Gerardo sentía que estaba empezando a imprimirse en algún lugar de su cabeza, no le servía de nada con los viejos que inflaban y desinflaban sus papadas rojas y soplaban y resoplaban y se reían e indignaban en dos segundos, lo que solo enardecía a Jean-Marie, que chillaba insultos y provocaciones varias, ofreciendo pelea mientras mostraba su muleta al fondo del bar. Por suerte nadie parecía hacer caso a sus provocaciones.

En el humo del trabajo, los borrachos se elegían como se elige pareja de baile. Hasta que de a poco se tomaban del brazo y daban vueltas y vueltas pasando por alto sillas y mesas para olerse como focas en el centro de la plaza recién llovida.

—*Allons, allons, Gerardooo*! —ordenaba Jean-Marie que su yerno lo llevara al apa hacia la plaza donde cumplía desde hace años el papel de árbitro de duelos. Su muleta convertida en señal, su voz en una orden inapelable que obligaba a los borrachos bretones a olerse

mutuamente en la bruma salada del Atlántico buscando comprender el tamaño del enemigo. Un reconocimiento cuidadoso y ritual que terminaba con sus cabezas chocando con la lentitud de los bueyes sagrados. Sus cueros cabelludos pegoteados unos a otros peleaban cada centímetro de espacio respirado en común y expirado como por una indisoluble pareja, tan lento que parecía amor, tan sordo que parecían ciegos.

Una y otra vez, una vez más y más repetían el intento, bufando y buscando cada uno por separado las fuerzas que les quedaban en sus aletargados músculos, para luego volver a hacer chocar sus cabezas hasta que uno o los dos de puro borrachos caían al suelo y Jean-Marie, montado en su yerno chileno, declaraba con su muleta en alto quién era el ganador del duelo.

—*C'est terminé, à la maison* —le ordenaba entonces a su cabalgadura chilena. Camino a la casa comentaba en detalle las alternativas del encuentro inventando puñetazos, patadas y cachetadas que Gerardo nunca vio. Envalentonado, le gritaba a su mujer para exigir su ropa planchada y su comida caliente y recordarle que todo en esa casa lo pagaba con su pensión de héroe. Golpeaba y golpeaba la mesa con su prótesis, insultando a sus hijas por putas y a su esposa por tonta, diciendo que solo el chileno era respetable, que solo el chileno lo quería y que él solo quería al chileno. Cuando los vecinos estaban a punto de despertarse, aparecía la esposa y su metro ochenta de resignación celta en el umbral de la puerta rogándole a su marido silencio. Eso lo envalentonaba aún más y empezaba a amenazar a su mujer con las muletas, hasta que la esposa sin hacer el menor comentario lo agarraba de la solapa de la chaqueta y lo colgaba de un gancho especial para ello instalado en el pasillo, donde como un abrigo mojado de lluvia el viejo se iba secando de toda la cerveza, el vino, los insultos y los ruegos, ruegos e insultos, todo lo que quedaba de la noche.

Cuando ya no le quedaba rabia que rabiar lo descolgaban del gancho y se sentaba a desayunar y almorzar y cenar como si nada. La semana volvía a ser entonces igual a la anterior.

—*Ton vieux il est fou... ta mére...* —intentó Gerardo en su nuevo casi francés una frase irónica, cuando milagrosamente se encontraron solos

con Marie Jo comprando verduras en la feria semanal.

—No comprendo, en español mejor —exigió ella y tembló Gerardo por primera vez desde que los militares lo habían subido entero tembloroso a patadas en el avión de Air France—. El gancho, las peleas en la plaza —balbuceó—, la guerra de Indochina, París, volver a París, esto es un poco absurdo, ¿no?..

—Si no te gusta como son, no comas su comida —le dijo Marie Jo con esos gritos que no necesitaban ser gritos y que Gerardo no olvidaría jamás.

—Pero no eres tú, son ellos... Si tú ni les hablas. Tú sabes que están completamente locos.

Pero la rubia bretona no aceptó ni la sombra de una crítica, ni el asomo de una ironía contra sus padres.

—Traidor —dijo ella—. Mal agradezzzido —agregó con un perfecto tono español de la España del Mio Cid Campeador. Y pasó Gerardo a ser otra persona más con la que Marie Jo no hablaba en esa casa. Él se resignó entonces a callar lo que sabía esperando la primera ocasión para regresar a París y volver a ver a sus hijos. Solo bastaba tomar un tren a la estación a solo dos kilómetros de distancia de la casa. Sin embargo se quedaba y se quedaba y al final fue Marie Jo quien respondiendo a los llamados urgentes de la baronesa tomó el tren a París o más bien a Fontainebleau, donde vivía ella.

—*Le curé, le curé* —culpaba Jean-Marie del carácter indócil de su hija al cura del que se había enamorado primero. Y más impaciente que nunca pedía a golpes de prótesis más y más cerveza que a una velocidad cada vez mayor terminaba por sorber entera. El viejo empezó a distinguir la guerra de Indochina de la de Argelia, de la que habían sobrevivido la mayor parte de sus amigos. Los de Argelia eran unas mujercitas que le habían regalado el desierto a los árabes, decía. No valían nada los de Argelia, que iban levantándose cada vez más impacientes para pedirle una explicación al viejo que los insultaba con más entusiasmo todavía mostrando a su protegido chileno con el extremo de su prótesis.

No era francés, ni era del todo bretón lo que hablaban, pero Gerardo comprendió tarde que se le conminaba a pelear por su suegro.

—*Mais pas bagarre, pacifiste* —balbuceó Gerardo pero los borrachos

tenían la piedad de pasar por alto al veterano de guerra y concentrarse en su yerno que todavía tenía dos piernas y dos brazos. Gerardo buscó como pudo dar las disculpas del caso. La sangre no llegó al río esa noche pero Gerardo sabía que no se libraría del próximo duelo con los bretones, que ya lo miraban como a uno más de los suyos.

Esperó otro viaje a la casa de la baronesa y se sumó y así se fue y después aceptó una invitación de un hermano de su exmujer para hacer un par de clases en la Universidad Javeriana en Colombia. En Bogotá, Gerardo dejó de fumar y saboreó infinitamente el aire después de la lluvia que caía por fin en su propio idioma. En su idioma le agradecía a los mendigos que le pedían limosna en las calles grasientas y húmedas de la ciudad que a veces, con sus cerros muy verdes, su cielo muy gris, sus funcionarios de corbata apretada, era un poco Santiago de Chile. Pero, aunque su breve nota de despedida no nombraba en ninguna parte la palabra Colombia, Marie Jo llegó sin avisar a Bogotá un tiempo después.

Que tuviera una novia, que su novia fuera la jefa de departamento en que hacía clases, nada de eso importó cuando Marie Jo apareció con toda su rubiedad sin salida. Terminaron las clases, volvieron los cigarrillos, los chilenos desaparecieron de su vida. Gastando lo que no tenían, Marie Jo y Gerardo siguieron juntos y solos como si no entendieran el idioma del otro, pero entendiéndolo perfectamente. Llegaron, no supo Gerardo cómo ni cuándo, a Villa de Leiva, un pueblo colonial donde Marie Jo se fascinó con Jairo, un guitarrista callejero que a pesar de quedarle un solo dedo en la mano derecha podía tocar cualquier cosa que le pidieras. Desde Villa de Leiva Marie Jo le escribió a la baronesa diciéndole que los había raptado la guerrilla y que exigían un cuantioso e inmediato rescate. Pero a Marie Jo se le olvidó especificar de qué guerrilla se trataba. Al averiguar dónde debía mandarle el giro, la baronesa habló con varios chilenos que le aclararon que, cualquiera fuera el grupo, Gerardo debía estar del lado de los guerrilleros.

Marie Jo leyó en voz alta la carta llena de disculpas de la baronesa, que la quería como a una hija pero que no podía ayudarla, se excusaba, y se puso a reír y reír nerviosamente media hora o una

entera hasta que la cima de cristal de su risa se convirtió en llanto y se puso a llorar y llorar y llorar otra hora y otra más y un día completo y otro hasta que no tuvo más lágrimas en el cuerpo y se quedó mirando por la ventana el cielo eternamente nublado del trópico andino sin querer comer o tomar nada, su cuerpo convertido en una jaula que los pájaros ya habrían abandonado del todo.

Después de una semana y otra de ese silencio testarudo, Gerardo ofreció llevarla a la embajada de Francia en Bogotá a ver si la podían repatriar. Para su sorpresa, Marie Jo no se negó. Después de infinitas negociaciones, ella, hasta entonces silenciosa, sacó a relucir su estatus de «pupila de la nación» y consiguió en diez minutos el pasaje de avión que llevaba Gerardo días intentando conseguir. Solo en el último segundo ella le sonrió como sonríen los niños con fiebre cuando reconocen un rostro en medio del delirio y el calor. Le acarició suavemente la cara como única despedida. Al primer llamado se fue sin una queja hacia la escalera del avión mientras él sentía el extraño lujo de quedarse solo, tan solo como solo se pueden sentir solos los que viven en su país y en su idioma.

Como Colombia le traía malos recuerdos, Gerardo se fue a Venezuela. Volvió a las clases y al partido, otro partido casi igual al que dejó en Chile. Se fue a vivir con una socióloga de su edad en la cima de un cerro también muy verde hasta que de repente el calor le pareció insoportable. Con el dinero de un informe para el Ministerio de Agricultura venezolano compró un pasaje a París. Muriel, la socióloga con la que llevaba semanas planificado en la isla Margarita unas vacaciones con los hijos de ambos, lo miró con una pena infinita cuando le anunció que se iba.

—Autodestructivo. Inmaduro. Nunca vas a crecer —diagnosticó ella.

«Traidor y mal agradezzzido», pensó él devuelta y con una sonrisa en los labios corrió hacia el Aeropuerto de Maiquetía sin mirar atrás y volvió a París. Sin casi buscarla encontró allá a Marie Jo envuelta en un traje de sastre de ejecutiva trilingüe de Air France. Comieron en un restaurante belga de la Plaza de la República papas fritas y mejillones, como llamaba ella en su español de España a los choros zapato chilenos. Ni se hablaron de tanto reírse. A la semana le había vuelto a Marie Jo la alergia a la autoridad. Como por arte de magia apareció en

todas sus fiestas Jairo, el guitarrista colombiano de un solo dedo que había abandonado Colombia perseguido por la guerrilla o los militares, dependía de la hora en que contara el cuento. De nuevo le faltó a Gerardo el vocabulario para preguntarle a Marie Jo qué hacía él tan lejos. Solo supo un día que tenía que echarlo a empujones de la escalera en que cantaba día y noche para que no volviera nunca más.

—Ella dice que te vayas —trató de explicarle al colombiano para evitar la pelea—, tienes que irte —siguió educadamente pidiéndole. Pero el colombiano insistió en que no había hecho nada, que era inocente, completamente inocente de todo lo que lo acusaba Marie Jo (que Gerardo no tenía muy claro qué era).

—Hermano, hermano latinoamericano —repetía el guitarrista lo suficiente para impacientar a Gerardo y hacer que terminara por obedecer a Marie Jo, que gritaba sin gritar desde la ventana del último piso en que vivían.

—Pégale. Pégale ahora —no paraba de exigir con la misma impaciencia que su padre, el veterano de Vinh Yen. El colombiano reía y lloraba, lloraba y reía bajo la luz del farol que deformaba aún más su único dedo, que Gerardo finalmente atrapó y trató de romperle.

—Hijo de puta, hijo de la gran puta, es mi herramienta de trabajo —se abrazó el colombiano al chileno haciéndolo caer a golpes bajos en una poza de agua servida que habían dejado ahí los carros de frutas y verduras del mercado de la Mouffetard.

Los gritos de Marie Jo despertaron a los vecinos y a la policía, que terminó por llevarse a los dos latinoamericanos. Recién al amanecer Marie Jo fue a buscar a Gerardo para contarle con verdadera felicidad que Jairo no tenía papeles y sí varios crímenes en Colombia, por lo cual lo deportarían. Gerardo, que había tenido toda la noche en la comisaría para escuchar la terrible infancia de Jairo, no pudo compartir la vengativa alegría de Marie Jo y simplemente fumó todo el camino hacia la *chambre de bonne* que compartían justo frente a Saint-Médard.

Gerardo sabía ya suficiente francés para decir «*Ça suffit*» pero no lo dijo y se quedó al otro lado de la pieza de 25 metros cuadrados, mientras veía a Marie Jo traducir a todos los idiomas del mundo unos manifiestos de una fracción de una fracción de las brigadas rojas

italianas. Y llorar y reír por teléfono con la baronesa y luego vestirse para salir a la calle y dejarlo a él solo esperando que volviera en diez minutos o tres días más, daba lo mismo porque siempre volvía mojada pese al impermeable, espantada de un espanto que no podía explicar.

«Después», le prometía a Gerardo una explicación para entonces quedarse en cama dos o tres días mirando en la ventana condensarse el vapor de sus respiraciones. Y volvió a irse para reaparecer con un diminuto pastel de fresa, de esos que vendían en la panadería del frente, con una vela encima para celebrar sus 21 años. Los 21 años de ella que le hicieron recordar a Gerardo Jaramillo que tenía 33 y dos hijos y una exesposa donde iba dos veces a la semana a ducharse y fingir que no aceptaba la comida y la ropa nueva que le tenía preparada antes de irse de vuelta al último piso del edificio de seis donde no hacía nada mejor ni peor que esperar a Marie Jo y su impermeable mojado y todo lo que no se podía explicar. Lo que tampoco explicaba él porque decirle «*Je t'aime pas*» era no decir nada. Y decirle «*Je t'aime*» era decir demasiado.

No decía nada, la esperaba hasta que de pronto fue ella la que dijo en su castellano que había abandonado el acento de España para adoptar uno ligeramente argentino, que le parecía más elegante:

—Nunca más, nunca más, nunca más —sin especificar nunca más qué o quién. Y la oyó bajar corriendo los seis pisos y la vio por la ventana subirse a un gran Peugeot beige al lado de un viejo que, creyó adivinar, era el marido de la baronesa.

El auto se fue y Gerardo Jaramillo vio y comprendió de golpe en la negrura del pavimento, en el movimiento inmóvil de los adoquines, todo el francés que no había aprendido en tres años de subir por arterias y venas hacia su cabeza: conjugaciones, terminaciones, palabras sueltas que se articulaban como vagones de un tren en frases que se subordinaban a otras frases. Todo tan evidente y claro que le costó apenas unos meses terminar el eternamente congelado doctorado y convertirse en investigador del CNRS y volver con sueldo francés a Chile a montar con otros investigadores con sueldos de otros países su propia ONG.

Se compró una casa en una comunidad de ladrillos en La Reina y conoció ahí a María Teresa Carvallo, que, se dieron cuenta muriéndose

de la risa y brindando en grandes copas de vino tinto, había sido su vecina casi toda la infancia en la calle María Luisa Santander, sin conocerse. Y todos los primos, los vecinos, todos los cuentos que en paralelo habían vivido cuando Santiago era una ciudad llena de árboles donde nunca pasaba nada.

Vecinos ayer y vecinos hoy, fue natural ahorrarse una casa e irse a vivir juntos.

Juntos también vigilaron las urnas del plebiscito y ayudaron a caer casi sin sangre, casi sin balas, la dictadura que lo había exiliado a él y la había torturado a ella. Desnuda, amarrada a un catre de metal, con cables en la vagina, escenas que la despertaban algunas noches toda sudada y que eran para él misteriosamente fáciles de consolar. Le bastaba abrazar su propia fiebre en esa mujer que le había estado desde la infancia destinada y decirle que iba a haber sol de nuevo, y que el mañana y que ya no estaban solos y que nunca más lo estarían.

Y era tan fácil, tan lógico tener un hijo para terminar con todo ese dolor y coronar ese abrazo. Pero las patadas, la electricidad y otras atrocidades que ella nunca nombraba no dejaban que se anidara ningún embrión en su útero y todos los intentos terminaban en una gran mancha de sangre y llanto en el baño de la casa en común.

Seguir de tratamiento era alargar un sufrimiento inútil. Tratamos y no se pudo, se explicaban el uno al otro. Y sin embargo, sin embargo, pensaba ella, un hijo, de ella y de él, un hijo de los dos... pero no se atrevía a ir más allá. Hasta que se quedaron todo un domingo mirando el cerezo gigante en el centro mismo del patio interior de su casa. Lo vieron recibir como un bautizo perpetuo la lluvia que dejó paso al sol. El amor, eso es el amor, pensó primero y dijo después María Teresa Carvallo cuando por fin prendió una sola luz en el fondo del living y dio por empezada la noche.

—Es un crimen dejar pasar estos momentos, Gerardo. Es un egoísmo cruel quedarse tan solos después de ver todo esto. Yo sé, tú ya tienes tus hijos, pero dejar pasar días como estos, dejar que todo esto vaya a la nada —le dijo y agregó que había que darlo todo o no dar nada y que si él no quería hacerse cargo, ella adoptaría sola un hijo o una hija.

Gerardo escuchó sonriendo sin saber muy bien por qué sonreía.

Lentamente aceptó todo lo que María Teresa le propuso. Una niña mejor que un niño, decidieron en pocos segundos de negociación. Los trámites, la paciencia, el amor, Gerardo aceptó todo. Solo puso una condición:

—Que sea rubia, completamente rubia.

La música de los vecinos

—Mira qué tierna tu mamá, tenía todo ordenado —le muestra Catalina Lyon, su esposa, los queques de marihuana medicinal, cada uno con su día etiquetado encima: *Jueves, Viernes, Sábado, Domingo*.

—Cierra eso —ordena impaciente Mario Vergara porque los queques cuadrados y verdosos, perfectamente sellados, en la luz cruda del refrigerador se parecen demasiado a cuerpos en la morgue para ser soportables en estos momentos en que inventariaban las cosas que su madre al morir dejó flotando en su departamento.

—Los hizo con todo el cariño del mundo tu mamá. Habría que hacer algo con ellos. Sería una pena que se perdieran —seguía sonriendo la esposa, haciendo brillar con picardía sus ojos perfectamente enmarcados por un recién descubierto flequillo color caoba que la hacía ver aún más achinada y adolescente—. Uno no más, uno solo para probar...

Y Catalina saca el queque del *Jueves* que exhibe con la sonrisa implacable de una promotora de stand. Su pelo vivo, vivos sus labios, sus mejillas vivas, sus ojos vivos, todo tan vivo que Mario siente vergüenza y ganas al mismo tiempo de contagiarse de la incontagiable juventud de su esposa.

—Estás loca. ¿Cómo me voy a comer a mi mamá?

—No es tu mamá, es un queque no más. Algo que hizo tu mamá, pero no es tu mamá. Un poco, prueba un poco, no te va a envenenar. Hazlo por ella, prueba —argumenta Catalina adelantando el queque del *Jueves* que ya sacó de su envoltorio y que ahora lleva a la frontera de los labios de su marido.

—No, no, estás loca, noooo... —Y el acre olor a pasto recién cortado que Mario mastica con un asco que es solo desconfianza. Y la miel que engrosa su sangre, que circula por todo su cuerpo, que no llega nunca a su cabeza completamente limpia, fría, clara como nunca antes, se asegura una y otra vez—. No me hace nada esta huevada. Tenía que ponerle todo el azúcar del mundo, la mamá, tenía que esconder en el

azúcar la marihuana —la reconoce en ese último gesto de coquetería generacional a su madre.

«Qué tontera más grande», piensa y sonríe hacia algo que es el aura de su madre en alguna parte entre la tierra y el cielo que no existe. Apenas el aire de ese departamento en que se refugió para vivir sus últimas semanas apartada pero cerca. «Pobre mamá», aunque se corrige porque sabe que su mamá hubiese querido cualquier cosa menos que la pobreteara después de muerta.

—Hay que esperar que haga efecto, mi amor. Tiene que entrar a tu sistema primero. No hay que apurarse. Piensa en ella, piensa en cuánto la quieres a ella. Piensa en cómo te quería ella a ti. Aprovecha el momento, vívelo, mi amor. ¿Por qué no te dejas ir una sola vez en la vida y que sea lo que tenga que ser? —se queja dulcemente la esposa estirándose suavemente en el sofá rojo. Y todo eso lento y muy rápido, como si el hambre no existiera nunca más.

—Qué hambre más grande, qué raro —y otra mascada que acomete solo sin que su esposa lo obligue y de la que se arrepiente inmediatamente mascando otra vez más el *Jueves* del que ya no queda nada—. Quiero hablar, quiero hablar todo el tiempo, quiero hablar todo el siglo hasta que el siglo se acabe, pero no puedo, yo sé que no puedo hablar tanto...

—No hables ahora, mi amor. Siente, mejor. Después habla. Primero siente —sonríe Catalina. Sentir, sentir, como si fuera tan simple sentir, piensa Mario Vergara. ¿Qué siento yo? ¿Qué no siento? ¿Qué puedo sentir que no sienta ya? La pieza en diagonal como la luz también en diagonal. Paralela, paralelepípeda, perpendicular la luz y la sonrisa de Catalina recostada en el sofá rojo con los labios muy rojos también y los ojos ahora japoneses que lo miran con una dulce ironía que odia y ama al mismo tiempo tanto, tanto, tanto y tanto... Todo eso en el mismo rayo de la única luz que importa y vale y las ganas de dejarse ir y no irse, de flotar y quedarse.

—Voy a morir, Lulo, voy a morir, Lulo lindo —su madre insistía en que la viera fumar su primer pito de marihuana terapéutica hace ¿tres años? ¿Dos? ¿Cuánto tiempo lleva muerta? ¿Muerta?—. ¿No te parece increíble que yo me vaya a morir? Algún día... Todo el mundo se va a morir algún día, ya sé. ¿Pero yo? ¿Has visto algo que dé más

vergüenza que morir? La vida es tan rara, mi amor. Tan extraño todo, mi amor —y fumaba una larga calada de marihuana que la hacía toser al segundo—. Un asco esto. ¿Le encuentras alguna gracia tú? Odio el humo, el olor a pasto quemado es asqueroso. Dicen que es mejor en galletas o en queque, también parece que hay mantequilla de esto. Lo que se inventa la humanidad para no sufrir es tan increíble, cuando sufrir es lo más humano que hay… —y otra calada que aumentaba esa cara de asco que es la única que recuerda de su madre ahora que solo queda un aura de ella. Eso y solo eso es lo que queda, una cara que uno creía conocer tanto, de la que creía conocer todo, una mueca, algo que se tuerce apenas en el aire, la huella de la huella del paso de la luz a través de su articulada piel.

¿Eso es la muerte, que no quede más que el olor del ser? ¿Pero estás muerta, mamá? ¿Muerta de verdad, mamá? ¿Muerta de una muerte de verdad, mamá? Todos sabemos que nos vamos a morir, pero nadie sabe que se muere esa realidad absoluta y total, que se extingue totalmente eso que se llama «Yo», como un neón encendido en una noche de lluvia y petróleo que de pronto se apaga. «Yo», como un bar de mala muerte que se prende y se apaga hasta que de repente ya no vuelve a encenderse más.

¿Qué queda de la realidad cuando se apaga el neón? Sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando, pero no para sus ojos. ¿Eso es la muerte, mamá, *Jueves*, *Viernes*, *Sábado* y *Domingo* anotados sobre cada queque, repartidos con perfecta justicia en la blancura desierta del refrigerador para no pasarse un día, no exagerar la dosis pero también para prometerse un día más, un día más cada vez?

—¿Nos comimos todo el *Jueves?* No puede ser —se rebela Mario Vergara—. Esto es de salvajes. No podemos hacer esto, Catalina. Esta huevada que estamos haciendo es inmoral.

—Come, mi amor, come, da lo mismo, ya pasó —y ve la boca desenfocada y múltiple de su mujer, que le da no sabe por qué tanto terror como confianza, separando la punta del día *Viernes* de su delgada piel de plástico.

—No, no, basta, no más… —dice mientras mastica más y más—. Esto no tiene ningún sentido, comer el *Viernes* si recién terminamos el *Jueves* y sabiendo que quedan solo el *Sábado* y el *Domingo* y nada más.

Ve eso claramente, que no quiere lo que quiere, que no sabe lo que sabe tanto, que no sabe nada de nada aparte de la carne esponjosa, el aceitado bizcocho terriblemente negro que solo sabe que es dulce, infinitamente dulce hasta el mareo infinito también.

—Déjate ir por fin, mi amor, no pienses en nada más. Eres libre, mi amor, libre… —dice Catalina en dos lugares del mismo espacio al mismo tiempo.

Libre, ¿qué es esa huevada? Nadie es libre, Catalina. Libre, libre no, pero liberados todos lo somos a veces, Catalina. Muy pocas veces o no tan pocas pero algunas veces sí, como esos pescados que saltan sobre las olas y brillan y giran en el aire y lo ven todo y nada y vuelven a caer en la profundidad más profunda del mar para siempre. Tú sabes lo que quiero decir. No, no sabes. Si no fueras tan joven sabrías, pero no sabes, o sí sabes porque eres irresistiblemente inteligente también. Sabes, pero no puedes entender, eso es todo. No me entiendes, Catalina, no es ningún drama, es así, nadie puede hacer nada contra eso. Porque la muerte es real y lo más irreal, porque es el fin de la realidad y eso que son solo palabras para ti para mí es en verdad como una plancha de metal enterrada temblando en el desierto. Para la gente de mi edad la realidad tiene varias capas de pintura y también de mugre y moho que te hacen pensar que el mundo es más real que a tu edad. ¿Cómo te lo explico? No se hace, no se explica, simplemente no se hace, meterse con las alumnas. Me lo dijeron en todos los tonos. No se hace, enamorarse de las alumnas. No se hace, menos casarse con las alumnas. Bueno, quizás eso sí se hace, quizás eso mejora lo anterior o al menos lo legitima.

—Yo sé que es buena —la aceptaba su madre—. Yo sé que te quiere, pero soy vieja y ella es joven y eso es algo que no se puede remediar. Es otro idioma, la juventud. Está llena de vida tu Catalina famosa. Para ti es lo mejor que puede haber. Es lo que necesitas ahora en tu vida, yo sé. Puede ser pura envidia mía porque yo me voy a morir y ella no y eso pone entre nosotras un abismo. Es lo que te digo, es otro idioma, simplemente. Pero no me hagas caso, tú la quieres, ella te quiere, es lo que importa, lo único que importa.

—Estás hablando puras huevadas, mamá. Ella también se va a morir —defendía el marido a su nueva esposa—. Conoce la muerte mejor

que nadie, la Cata. Son todos hemofílicos en su familia. Que sea joven es solo un accidente de la naturaleza, mamá.

—Ser joven no es un accidente de la naturaleza, mi amor. Tú sabes lo que quiero decir, pero no me escuches, no me escuches, tienes razón, estoy hablando puras huevadas —cubría la madre con una mano su cabeza como si tuviera que sostenerla en un fingido cansancio para no hablar lo que los dos ya sabían. Ese silencio que su mamá se imponía tan pocas veces, como esa noche en que llegó de madrugada a su casa. La única que se permitió esa tontera de quedarse en una fiesta sin avisar que se quedaba ahí. Y su mamá tratando esa mañana de no decir lo que normalmente habría dicho: «¿Qué te cuesta avisar, mi amor? Una llamada por teléfono, ¿qué te cuesta una llamada por teléfono?». Su mamá que sabe que Mario se quedó de adrede en la fiesta sin avisar. Su mamá que sabe que es su manera de decir que ahora es grande. Irresponsable pero adulto, o adulto justamente porque es irresponsable. Su mamá aliviada de no tener por fin que preocuparse más de que sea raro, amanerado, un solterón a cargo de la mamá, castrado, culpable ella de quererlo demasiado. Culpable del peor crimen de todos, parir a medias. Dejar a su hijo atravesado colgando entre sus piernas.

—Del haberme hecho nacer te perdono, mamá, mamá, ¿me estás escuchando? Ya no estás y yo sigo estando, eso quiere decir que nací. Nací, mamá —y la luz de una ampolleta sobre sus ojos, y el ahogo completo de la luz que no rechaza, sino que acepta entera y definitivamente en toda la cara.

—Tranquilo, mi amor, tranquilo —le seca la frente Catalina cuando está más tranquilo que nunca. La música de los vecinos, piensa de repente Mario Vergara. ¿Qué están escuchando los vecinos con tantas trompetas? Lindo, pero al mismo tiempo terrible lo que están escuchando los vecinos, piensa. Una campana en el fondo del mar que todo su cuerpo se estira para escuchar de nuevo. El sonido ahogado de la campana que responde a las otras campanas en todas las catedrales en el fondo del mar.

—Nacer, nacer mil veces. ¿Mamá, estás? —pregunta Mario Vergara para asegurarse de quién es la que está hablándole, porque ve a Susana, su esposa, pero oye la voz de su mamá—. Susana, mi primera

esposa —se corrige. Susana, mi exesposa, como se dice ahora, piensa. ¿Qué haces aquí, Susana? Estatua de sal, o de arena más bien, busto a la entrada del desierto que aprieta su seno desnudo en la mano, tratando de sacar con todas sus fuerzas una última gota de leche agria.

—Los vecinos, Cata. ¿Los escuchas? ¿Qué les dio con la música antigua a los vecinos? Qué huevada más rara —la música tan dulce y el murmullo de una llama consumiendo una vela. Un beso de la Cata en la frente, otro en la nariz, otro en los labios. Los nudos uno a uno desatados de su ropa. Contra natura todo, contra natura, y su mano que siente la respiración agitada de ella. Y otro beso en la boca, y su mano que sin saber qué hace la acaricia porque ella quiere.

—Ven —lo llama Catalina desde el fondo de mil pasillos. Y Mario que obedece comiendo a dentelladas lo que queda del *Sábado*, que ella le ofrece como a un coyote infame que no puede ni quiere negarse a nada.

—Yo no quería que doliera, mamá —le dice a su mamá que es Susana—. Pero duele, Susana, duele. Tú prefieres que duela, porque si no duele no es verdad. Por eso te ríes con risa de esfinge y de coyote (no, el coyote soy yo). Por eso te odio, por reírte de mi cuerpo desnudo o casi. Por eso te sigo al centro de la oscuridad a donde me llevas, a donde no puedo evitar ir contigo, encontrarte, encontrarme en ti mamá que eres Susana. Todo se hizo mal, todo lo hice mal mil veces, Susana que eres mi mamá, todo estuvo mal hecho, pero estuvo bien hecho, al final.

Sus manos en su pelo que terminan en sus hombros.

—Me pone caliente la hierba, tan caliente —dice Catalina. Y el brazo de ella que se alarga hasta el infinito del *Sábado* semi empezado al que Mario Vergara no quiere darle una mordida más pero igual muerde hasta el final.

La insistencia del fagot, el oboe y los vientos al otro lado del muro. Odio la música antigua, piensa Mario, Bach, Telemann y toda la huevada, me encanta, me fascina Haydn y la huevada del agua. ¿Sinfonía del agua? ¿Cómo se llama esa huevada?

—¿Qué están escuchando los huevones de los vecinos? —le pregunta recostada sobre los cojines Catalina, que espera que sus dedos desabotonen completamente su blusa. Sus tetas frescas y redondas,

¿cómo se lamen, cómo se muerden para sacar hasta la última gota de leche unas tetas tan nuevas, Susana que eres mi mamá?

—Se están riendo de nosotros, se están riendo de todos los vecinos —advierte Mario Vergara y siente como un cargamento de toneles navegar dentro suyo. Mar a babor y mar a estribor.

¿Quién va a ir a mi entierro si no vas tú, mamá, que ya no eres tan Susana? ¿Cómo puedo morir ahora, mamá, si no vas con tus uñas a desenterrarme de mi muerte? ¿Cómo quieres que muera ahora, mamá, cuando morir es para siempre? Para siempre sin ti, mamá. Sin ti, sin ti, mamá. Qué inmenso mar, qué océano, mamá. ¿Qué hay después de ti, es decir de mí? No, eso no importa. ¿Qué hay antes de mí, es decir de ti, mamá? ¿Qué hay siempre, mamá? Mamá, ¿me escuchas, mamá?... Por los siglos de los siglos, mamá, hasta que la muerte nos separe, mamá, pero no nos separa nada, mamá... Lagos que son mares, océanos que son planetas enteros de hidrógeno y helio. Helados infiernos de hielo líquido donde quizás vives tú ahora en todas las órbitas del sistema solar y los demás planetas que giran y duelen alrededor de nuestra corona de espinas de Saturno, mi amor, Saturno devorando a sus hijos... Para siempre, siempre los siglos y los siglos y los siglos, amén. En el fondo vamos a estar siempre juntos, tenemos hijos, eso es para siempre, Susana, pero siempre no es nada, y nada la promesa para siempre, y nadie vuelve al lugar del crimen, y uno se va yendo de ahí corriendo y corriendo siempre lejos de donde uno fue el asesino.

—Por una alumna. La juventud, la carne joven, qué original... A buey viejo, pasto tierno. No eres distinto a los demás. Y yo ya serví, y yo ya fui, soy papel viejo. Eres un caballero, nadie duda de eso y sin embargo íbamos a morir juntos, envejecer como un espejo que rompiste para no morirte tú. Todo lo que uno es capaz de matar por no morir, hijo.

Y su separación perfectamente amigable y Susana que se volvió a casar con Armando Barría, su mejor amigo de la facultad, que más que seguro era su novio antes de separarse. Que más que seguro era la razón por la que aceptó sin chistar separarse. No oye ya ninguno de los reproches que escucha como el eco de una caverna adentro suyo. Ni la sombra de esos diálogos que escucha nítidamente en su cabeza, como

si tuviera que inventarse un melodrama común y corriente para soportar la horrible falta de drama que es simplemente ese departamento que hay que vaciar. Además lo de Catalina fue años después y a la Susana le pareció excelente cuando lo supo (aliviada porque podía salir del clóset con Armando Barría). Todo de mutuo acuerdo... pero está muerta, Susana, muerta y enterrada, aunque respire en su casa con su nuevo marido e hijos. No tengo que comer más de esta huevada. Estoy mal, estoy pésimo, estoy la raja... Muerta, aunque viva, estatua de arena o de sal, esfinge a la entrada del desierto, enigma que sabe lo que sabe. Que no lo condena, pero no lo perdona de una manera que es peor que una condena:

—No estoy para eso, Mario. Ni para condenarte ni para perdonarte. Te conozco, claro. Te conozco más que tú mismo, pero eso no es mucho decir. Pero el drama tonto del juicio final ahórramelo, por favor. Nunca fuimos otra cosa que lo que fuimos. ¿Qué fuimos? Dímelo tú.

Y no tiene respuesta alguna, solo un frío enorme en las entrañas. Una capa de hielo adentro de su estómago. Y confusión, mucha confusión perfectamente clara.

—No tengo respuesta, solo no me dejes morir, mamá. Por favor no me dejes morir ahora —gime sobre otra mujer que tuerce su cara en la frontera del sillón, su pelo cayendo hacia el fondo del abismo en que termina el sofá rojo, su cuello completamente abierto a los dientes que la muerden para no caer al abismo de su pelo, en la vergüenza de la insolencia de su brillo, en la impunidad de la blancura recién nacida de su piel.

—No, Mario, así no, Mario... Toma —dice Susana, que ya no es su mamá y se agacha como un mendigo al seno agrio de la estatua. Pero él es un mendigo sin dientes, un pobre sarnoso que ella perdona.

—No te maté yo, no te maté. ¿Me escuchas, mamá? ¿Me estás escuchando? ¿Estás? ¿Estás? —y la palabra coyote que no sabe por qué sube a su mente como una certeza completa: matar al coyote, piensa, matar al coyote y golpear en la sombra la sombra misma, escuchando unas quejas de vuelta que no tiene que escuchar, y seguir antes de que lo muerda el coyote, golpear la sombra, golpear.

—¡Mi amor, no! ¡No! ¡Mi amor, no! —escucha astillas, piedras,

lluvia gruesa rebotando en el suelo. Una voz que llora y grita. La otra, ¿su mamá?, ¿Catalina?, ¿su mamá?, ¿la risa de los vecinos? Todas menos Susana, que no habla porque es una estatua y las estatuas no hablan. Un grito que crece y crece y con sus garras se cuelga de la pared resbalosa de la nada. Amar es matar, matar es amar, matar, matar... Los vecinos están locos con sus trompetas brillantes, que pare de llorar esa niña, hagan algo para que no llore más. Ahora estoy muerto, mamá. Muerto por fin. ¿No es lo que querías, Susana?

Coyote que las luces del jeep dejan inmóvil sin que ni eso ni la frenada impidan que lo aplaste. Y esa calma en que lo irremediable ocurre, el atropello sin ruido, sin emoción, sin terror el terror mismo. Una y otra vez el jeep chocando contra el coyote. Una y otra vez el parachoques en la carne helada en cámara lenta, muy lenta, una y otra vez. Sangre, piel, carne. Carne, sangre, piel... Hasta que lo empujan las rodillas de otro cuerpo. Hasta que separan otro cuerpo del suyo con todas las manos y los pies y los codos.

—Sal de aquí, sal, hijo de puta. ¡Estás loco, completamente loco! ¡Sale de aquí, sal! —lo expulsa Catalina con sus pies sobre los pechos con una fuerza inaudita que lo hace rebotar como en una película muda.

¿Cómo y cuándo se hizo de noche?, se pregunta Mario Vergara, que empieza a recorrer la pieza en cuatro patas. Todo borroso primero hasta que puede volver a enfocar de a poco: en el suelo al lado de un cenicero y del payaso de vidrio rotos, y al lado de las quebraduras, el queque *Domingo* todavía intacto en su piel de plástico. La letra suavemente inclinada de su mamá anotando el día que no llegó a ser para ella más que las letras sobre el plástico de un queque.

Mario Vergara se estira para salvarlo. Pero sabe, no sabe por qué, pero sabe que es un gesto de más. La música de los vecinos ya se fue, lo reemplaza el llanto de una niña. Se levanta o trata de levantarse. Todo en él se remueve. Logra un paso y otro antes de caer sobre el sillón y la mesa de luz y la lámpara, y el baño donde vomita el *Jueves* entero, el *Viernes*, el *Sábado* también.

Su estómago vaciado recién entiende que el llanto no es al otro lado del muro, que es ahí mismo entre los muebles dados vuelta en lo que fue el departamento de su madre.

Que aquí mismo y no al otro lado del muro la niña que conoce demasiado, pero de la que no recuerda el nombre ahora mismo, llora escondiendo la cara entre sus rodillas.

El fin del milagro

A los doce años mi tía Rut y mi tía Alina me sorprendieron levitando en el jardín. Me acuerdo apenas de algo más que de un árbol de duraznos en la sombra. Un jardín de tierra muy negra y una sonrisa, la mía, sabiendo que eso no era normal pero que tampoco era raro, que era yo, completamente yo por fin. Yo como no había sido nunca, ni antes ni después de eso.

—¡¡Aleluya!!

—¡¡Aleluya Raulito!!

—¡¡Ave María purísima!!

—Sin pecados concebida.

—¡¡Un milagro, qué horror!! ¡¡Qué horror, un milagro!! —interrumpió mi madre la algarabía de sus hermanas—. No lo molesten más, déjenlo tranquilo —me separó de ellas mientras me cubría con una manta como si me estuviera incendiando—. ¿Tú sabes lo que es eso? ¿Tú sabes lo que significa eso, Raúl? —me preguntó más pálida que la palidez misma cuando logró llevarme al pasillo más oscuro de la casa casi abandonada de Peumo donde vivíamos esos meses de espera. Días y días, semanas y semanas en que hasta hablar de Santiago estaba prohibido.

—No vuelvas a hacer eso sin avisarme antes —me rogó mientras me abrazaba lo más fuerte que podía contra la enorme cruz de plata que llevaba sobre el pecho a toda hora.

No tenía cómo explicarle que yo tampoco había recibido ningún aviso, que solo había decidido hace unas semanas ayunar en secreto para ser más liviano. Me acomodaba con una felicidad completa al hambre, que intentaba disimular como podía ante mi madre y mis tías. Rezaba también a escondidas y sonreía solo como si hubiera atrapado

entre mis rodillas y mi pecho un rayo de sol entero solo para mí.

Me sentía a veces como un pastel en la vitrina de una pastelería. Vivía para hablar despacio o no hablar nada. Dejaba caer un tenedor y así escondía los rugidos de mi estómago como si fuera un tigre más cansado que domesticado. Caminaba sin fuerza por el pasillo de la casa amarilla, feliz de sostenerme apenas del hambre contra la pared. Esperaba gozoso volverme ciego sin decírselo a nadie para tener otra cosa más que esconder, otro secreto con el que abrigarme. Me preparaba para no ver nada aprendiéndome el lugar de los muebles, la distancia entre los muros a ojos cerrados. Tragaba mi propia saliva como si se tratara de un delicioso manjar. Racionaba mis gestos, preparaba mi excusa y tantas reverencias en el aire antes de los aplausos. Pero también sabía que eso era pecado, presumir de ser ciego, más todavía viendo perfectamente, así que me castigaba en silencio despertándome cada vez que me quedaba dormido en las noches que había prometido velar las armas como los caballeros medievales.

De a poco el hambre se convirtió en una especie de extraña plenitud solar que yo admitía del todo como una hostia infinita que tenía que tragar entera de una sola vez cerrando los ojos y juntando las manos.

«Gracias, gracias», decía sin nombrar a quien le agradecía tanto, para no molestarlo. Olía a escondidas mis rodillas, mis codos, mis piernas. Sin humo, sin más aire que respirar, bailaba lentamente, cuidándome de no dejar caer a mi pareja de baile que era nada menos que el fantasma de mí mismo.

Muerto de hambre mi cuerpo disminuido a su mínima expresión, castigado, forzado a las sordinas, volvió a no darme explicación alguna. Retuve el impulso, cualquier impulso, hasta que de pronto en la cima misma de mi hambre encontré en ese jardín, como si se tratara de un amigo que pudiera ayudarme, el árbol de duraznos. Y de pronto la brisa, y la calma, y la tierra muy negra alrededor del tronco, y una sombra y unos pájaros diminutos tomando agua de un minúsculo abrevadero de plástico que mi tía Rut instaló especialmente para eso.

Hasta que hueso a hueso, célula a célula, me condensé de pronto hasta quedar de nuevo la planta de mis pies a dos metros del suelo.

Ni una voz, ni una luz, ni un llamado, ni un grito, solo la plenitud

del instante levantando mi pecho, solo una mágica falta de rodillas y codos, solo una integridad nueva, entera y limpia que sonaba como un timbal que venía rebotando desde China hasta hoy. Y ¡¡aleluya, aleluya!!, mis tías celebrando y mi mamá espantada cubriéndome con la manta más vieja de la casa.

—¿Tú sabes que no eres tú? ¿Sabes que eso no lo hiciste tú? ¿Lo tienes claro? ¿Eso lo sabes? —me decía con una extraña mueca de asco en la comisura de los labios—. Tú no eres nadie, Raúl, nadie de nadie, es él todo, es él... —y las lágrimas que retenía eran más fuertes y más fuerte su necesidad de abrazarme y rechazarme al mismo tiempo—. Hay que prepararse. Hay que prepararte... —repitió y supe que de alguna manera mi milagro era una despedida. Y que de pronto mi cuerpo era finalmente la menos mía de todas mis cosas.

Me preparé entonces. Busqué en el segundo piso una pieza abandonada que era como la torre del castillo que no teníamos. Hacia allá arrastré un colchón viejo y unas sábanas polvorientas y con piedad feudal me arrodillé jurando que iba a leer toda la Biblia, la Biblia entera desde la primera hasta la última página sin saltarme ninguna.

Leí y leí y leí en mi altillo. No le pregunté a nadie lo que no entendía porque no leía para comprender sino para limpiarme y merecer el milagro que acababa de aterrizar en mi cuerpo. Nombres y más nombres de gente que vive ciento dos o ciento cinco o ciento seis años. Generaciones y más generaciones de patriarcas. Y las hijas de Lot que emborrachan a su padre para «yacer con él» sin que él las sienta ni al acostarse ni al despertar. «Yacer con»... cosa que, sin saber nada, sabía perfectamente qué era. O sabía que no tenía que preguntar qué era, solo seguir con las maldiciones, los sacrificios humanos...

Hechos, solo hechos, me ordené a mí mismo. No pensar, solo leer hasta que las letras de la Biblia impermeabilicen las paredes de mi cuerpo. Un extraño que no dice su nombre, que pelea toda la noche con Jacob hasta romperle «la coyuntura del muslo» (¿qué es eso, dónde queda eso? No importa, sigue no más, sigue) y le dice que no se llama ya Jacob sino Israel porque luchó contra los dioses y los hombres y «prevaleció». Y la enumeración de los hijos de Enoc, el plato de lentejas Edom (¿qué es eso? No importa, sigue no más, sigue),

Esáu y su «primogenitura». De ida y vuelta por los pozos secos, las montañas también secas en que Jehová habla, y los hermanos que llenan la túnica de José de sangre y le dicen al padre que las bestias lo rasguñaron hasta matarlo. Y el canasto con el niño en el Nilo. Y la princesa que lo adopta. Y luego Moisés que mata a un egipcio en la calle y se va al desierto. Y las siete plagas de Egipto, el mar de sangre, la lluvia de ranas, las langostas (¿langostas como las de los restaurantes caros?) que invaden los campos.

No me duchaba ni me lavaba la cara,comía sin pensar en lo que comía, vivía para leer y leía para vivir sabiendo que cualquier silbido de pájaro podía distraerme para siempre de las maldiciones de Jehová, que era también Yavhé, El o Elohim (¿por qué tantos nombres?.. No importa, sigue, sigue no más...). Muerto de sed, no podía soltar las páginas que apenas entendía y en las que llovía pan y los bastones se convertían en serpientes. Me imaginaba a mí mismo viviendo solo de miel salvaje y pan sin levaduras, arena y más arena en los labios que dicen su nombre, y el mar que se abre en dos, y luego el desierto que se vuelve completamente desértico y el pueblo que baila y se emborracha ante un becerro de oro que después Moisés convierte en polvo de oro y obliga a las doce tribus a comer mientras recita las leyes que recibió en la cima del monte.

Y de repente los vi a todos posando para la portada de *Cosas* o *Caras*, una de esas revistas de moda que esperan en las peluquerías: Jacob y sus doce hijos y todas sus esposas y concubinas, Aaron y Josué, todos sus hijos legítimos e ilegítimos, los reyes de Judea, Samaria, Francia, España, el zar de Rusia y todas sus hijas asesinadas con manchas de sangre en sus infantiles trajes de marineros, y los patriarcas anteriores y posteriores a Noé y Noé mismo, todas las tribus de África empolvadas levantando sus escudos y sus lanzas, todos los griegos y los romanos, todos los santos y sus aureolas en la mano, y las bandas de rock y todas sus formaciones, las miss Chile y las miss Universo de todo el planeta, premios nobeles, ministros, presentadores de televisión, todos los personajes del año, de todos los años, de todas las revistas de todas las peluquerías del mundo, de todos los siglos y los siglos, amén. Concentrados todos en su pose, solo yo me movía entre los cuerpos como si se tratara de los guerreros chinos de

terracota mientras me advertían los cien fotógrafos con sus fotómetros colgando del cuello que si seguía moviéndome iba a quedar movido por toda la eternidad.

Para asegurarme de que estaba despierto y podía despertar de eso que era un sueño, paré de leer y fui hacia la pieza de la televisión que estaba encendida toda la tarde.

—Este es Anthony Quinn —se instaló mi padre a mi lado.

Sin hacer aspavientos ni ruido siguió lanzando de vez en cuando acotaciones, informaciones, detalles sobre la película que yo no sabía que estábamos viendo juntos.

—¿Qué es esa imbecilidad? —preguntó mi papá cuando un enorme jeep aplastó ciento cincuenta autos ante un público delirante de felicidad. No sé por qué de repente me acomodaba su entusiasmo calmo, su rechazo también calmo, envuelto en el olor suave a colonia inglesa y a tabaco moreno que anunciaba su presencia antes de que llegara.

—Monsters trucks —le expliqué yo, avergonzado de saber tanto—, una carrera en Minnesota o Kentucky. Hay que destruir el máximo posible de carrocerías de autos con las ruedas gigantes de esas camionetas especialmente construidas para el espectáculo.

Pero después era él, cuando nos quedamos viendo *Almorzando en el Trece*, el que me explicaba con desgano quiénes eran esos viejos sentados a la mesa. Y como los conocía a todos hace mil años, decía que eran básicamente todos unos «hijos puta», de esos que mandan los tomates a Caracas en esa canción que cantaba desafinado cada vez que podía:

¿Qué culpa tiene el tomate
que está tranquilo en la mata?

Y viene un hijo de puta
y lo mete en una lata
y lo manda pa' Caracas.

Y le daba risa el sufrimiento del tomate a punto de entrar a gritos a la lata para ser mandado a Caracas. Y le gustaba la palabra hijo de

puta en una canción que era española de España, me contaba, aunque la cantaban en Chile los Quilapayún. Y yo no le preguntaba detalles porque prefería que siguiera viendo televisión a que se levantara como se levantaba siempre a hacer otra cosa que nunca se sabía cuál era.

—Es mentira, no es así —volvía al televisor siempre que podía. Insultaba, pero no me pedía cambiar de canal, por más que le repugnaran los panelistas o gimiera viendo las noticias. Pasara lo que pasara en la pantalla permanecía en calma, complacido con el solo milagro de ver a esos seres diminutos moverse y alegrarse, alegrarse y moverse en su propio sonido. No quería obligarme a nada mi papá, ni orientarme hacia ninguna parte. Era imposible pensar que mi papá había sido antes otra cosa que lo que era hoy, como siempre decía mi mamá. Algo mucho mejor, suponía yo por el tono de la mamá. «Todo», decía mi tía Alina, «todo y cualquier cosa», agregaba mi tía Rut. Podría haber sido todo y no fue nada.

—Montgomery Clift, maricón genial —me llamaba mi papá cuando no terminaba de sentarme a tratar de leer el *Libro de los Números*—. Esa es de John Ford, el Homero del cine. Ese culeado de Jaime del Valle exilió a tu tío Julio —decía y volvía a decir mientras yo me saltaba páginas y más páginas sobre cómo y cuándo debe un buen judío tomar la leche. Cuándo y cómo se sacrifican los bueyes para quedar limpio uno o no y cuándo una mujer queda «limpia» y cuándo y dónde debe limpiarse de su impureza.

—Ahora, ahora —indicaba mi papá el momento que iba a recordar toda la vida: un estudiante blanco que se disfraza de negro para entrar a una universidad de color (así le decían en la televisión) pero que descubre que es mucho mejor ser quien es que fingir ser lo que nunca será. Y una mujer en otra universidad vistiéndose de hombre y que de repente se abre la camisa y le muestra sus enormes y salvajes senos al joven que está enamorado de ella pero no se atreve a decirle porque no quiere ser gay. Porque siempre descubrían eso en la televisión, que ser quien eres es lo mejor que puedes ser. Y que lo importante no es ganar sino participar, aunque igual los de anteojos y acné en la cara después inventan computadoras o autos galácticos y son más ricos y famosos que todos los musculosos cuando se hace la fiesta de los diez o los quince años desde el baile de graduación.

—Esos gringos —decía mi papá—. Están locos los gringos —y me contaba a veces el final de la película porque la había visto o solo porque había visto tantas que se sabía el final de cualquiera. No me importaba y seguía viendo con la misma pasión sabiendo quién era el asesino solo para ver si todo era como mi papá decía. Me acomodaba a sus cuentos como a ese destartalado sillón que tenía la forma de nuestros cuerpos. A eso y a la resignación con la que en short mi papá regaba a las dos de la tarde el pasto del jardín que se secaba a los pocos segundos sin hacerles el menor caso a mis tías que le repetían que así solo lograría quemar las plantas. O el ínfimo ruido con que arreglaba las pipas que coleccionaba en una pieza abandonada al lado de mi torre con su Biblia abierta en dos mitades. O cómo leía revistas que dejaba envejecer por años al final del parrón. La lentitud profesional con que hacía esas cosas sin profesión me calmaba. Ahí, en la última pieza de la casa donde miraba televisión conmigo, la Biblia abierta en el centro del altillo de mi torre, hundido en el sillón para ver en la tele a la santurrona de falda plisada de escuela segundaria que aparece de pronto vestida toda de cuero apretado y negro, los rizos rubios, la boca pintada que lanza sus cigarrillos lejos, aunque no sabe aún cómo aplastarlos en el suelo con la aguja de sus tacones. Y la voz desorbitada del tipo que sube y baja con ella todas las escalas de su partitura. Y los dos que bailan al ritmo de las olas mecánicas en un parque de atracciones. Y el laberinto de espejos y todo el colegio junto en rondas, en líneas, en un túnel de brazos infinitos. Y la nieve que por primera vez, que yo me acuerde, cae sobre Peumo.

—Está nevando —le digo a mi papá, que se levanta con desgano—, es verano y está nevando, papá.

—Está nevando. Es verdad —confirma—. Anda, anda afuera, aprovecha, diviértete.

Y encendido, sorprendido, feliz, corro bajo los copos de nieve que se derriten antes de tocar el suelo. No me importa que no duren. Bailo solo en medio de los copos blancos. Me río y corro hacia el *paking* naranjo donde congelan y empacan la fruta de la región hasta que un guardia me para y me pregunta dónde voy. Le digo asustado que a ninguna parte. Y arranco por toda la manzana de arriba abajo, de abajo arriba respirando el aire puro del campo por primera vez.

—La nieve —le digo a mi mamá cuando vuelvo.

—¿Qué nieve? Te está empezando a dar fiebre —se asusta mi madre —. Tú no puedes darte el lujo de tener fiebre ahora, ¿tú sabes eso, mi amor? No puedes permitirte eso ahora. A ti te hace demasiado mal la fiebre, mucho peor que al resto.

—No soy bueno, mamá. Quiero que los mendigos se mueran todos. Soy malo, yo merezco morir —le digo y dejo caer mi cabeza ardiente sobre la primera almohada que ponen debajo de mi cabeza.

—Voy a hablar con tu papá —se indigna mi madre—, te mete puras tonteras en la cabeza. Tú no te muevas de aquí, voy a mandar a la Juana a que te sirva un caldito. Están completamente locos todos en esta casa. Duerme, mi amor, tú solo duerme.

Y una mendiga con la cara limpia y redonda, linda, aparece en sueños para decirme que es mentira todo, que no tenía una hija, que era una vieja muñeca que usaba para dar pena, no más. Pero que es buena ahora, me dice la mendiga, y se limpia la cara y trabaja de enfermera en un hospital y es buena ahora, tan buena como yo soy bueno, más buena que yo que no soy tan bueno, que estoy mal, tan mal. Y me pregunta si puede ayudarme. Le respondo que es una pregunta absurda, que es su profesión y tiene que hacerlo aunque yo no quiera. Inmaculada, esterilizada, me limpia la cara porque me quiere tanto, tanto.

Y un beso en la frente. Un beso. Y después, la oscuridad. Y la fiebre que se acabó al tercer día, aunque me quedé una semana más en cama con todas las persianas cerradas.

Cumplí trece años la semana siguiente. Volví a leer la Biblia en el altillo, pero solo la parte de Jesús y solo hasta que me mareaba. Se preocupó mi mamá y me vigilaban por ella mis tías para que no me volviera a afiebrar. Siguió el sol, aunque ya era otoño. Amigos de siempre de mis tías y mi mamá celebraban que los dejaran salir de Santiago para venir a vernos. Todos alegres se tomaban el licor de frutas que les trajo un vecino.

Comimos bajo el parrón los últimos porotos granados con chuchoca del verano. Después del postre me levanté de la mesa. Caminé unos metros sobre el suelo de hojas muertas. Agaché la cabeza, empecé a

respirar más y más hondo para disolver a fuerza de respiración la culpa y la alegría y devolver todo el sol que había entre mi estómago y mi instinto. La fiebre y lo contrario de la fiebre, le sonreí a los pájaros del abrevadero. Sin moverme me agaché y doblé y torcí más aún mi alma de pecador hasta quedar como un trapo de limpieza del que se exprime hasta la última gota de agua.

—Yo soy el peor de todos, Jehová, Yavhé, Elohim, soy el más malo, soy imperdonable... No me perdones... No, no me hagas caso... Yo no solo no soy bueno ni malo, soy insignificante... Mírame, no me mires si no quieres... Yo no soy nada, solo un juguete tuyo, una cosa, un brizna de pasto para ti... Que se haga tu voluntad y no la mía.

Lloraba sin lágrimas, buscando la manera de arrodillarme sin atraer la atención y enojarlo más a él.

«¿Quieres que te miren? ¿Eso es lo único que te importa, que te miren?», oía su voz, igual a la mía. «No, perdóname, soy asqueroso, mátame, no sirvo para nada... No, no me mates, eso es afectación...», le respondía yo con una palabra que no sabía qué era, pero sabía que era muy mala. Sentí mis ruegos rebotar en las húmedas paredes de mi alma sin respuesta alguna. Sufría, gozaba, estaba a punto de arrodillarme, pero sabía que si me arrodillaba no tendría fuerzas para levantarme más. Sabía que tenía que mantenerme de pie para que él pudiera elevar ese terrible peso de mis costillas que nadie más quería levantar.

«Por favor, por favor...».

Seguí murmurando para mis adentros, incendiado y feliz, sudando debajo del duraznero. Transfigurado, transformado, pero todavía en el suelo, mis dos pies en la tierra negra de Peumo, los ojos cerrados con toda la fuerza con que pudieron cerrarse.

No conté el tiempo. Me quedé así, como llorando, pero sin lágrimas, como sonriendo, pero sin risa, hasta que todos tuvieron la amabilidad de pasar con una sonrisa de «no pasa nada» a otra cosa y a comer las tortas que mi mamá mandó a preparar para la ocasión y que no quería que se desperdiciaran por nada del mundo.

Primer día

No es el primer día, le recordó mil veces su mujer. O su exmujer, que para el caso daba igual porque lo trataba con la misma paciente impaciencia que cuando estaban casados.

—Ya estuvo en el jardín el Lorenzo, y en prekínder y en kínder, acuérdate. Ya sabe cómo comportarse en clases. Ya lloró todo lo que tenía que llorar cuando entró al jardín.

Y tiene razón la Mónica, pensó Mauricio, los niños ahora antes de saber nada ya están recortando papel lustre y hojas de otoño pintadas luego con tempera y las manos abiertas sobre la hoja blanca. Y después deben jugar, cantar disfrazados de focas o de marineros y dar vueltas en rondas chilotas o trotecitos norteños los 18 de septiembre y lo mismo los fines de año, mientras los papás llenan la memoria de sus teléfonos con fotos y videos inolvidables que luego no hacen otra cosa que olvidar.

No es el primer día, se repetía a sí mismo Mauricio Duarte. Pero el uniforme de chaqueta azul con solapa discreta y el chaleco también azul con cuello rojo lo obligaban a pensar, mientras acomodaba la corbata de su hijo, que este primer día era distinto a los otros primeros días de Lorenzo, que este era más serio, más definitivo.

Vestido como un soldado muñeco,Mónica se lo entrega entero a su padre con una sonrisa dolorida pero paciente. ¿Orgullo, melancolía, amor, odio? No tiene tiempo de preguntárselo Mauricio Duarte. Primer año básico, primero de ocho años que luego se convertirán en cuatro más de enseñanza media: los doce años y un día del colegio, la condena menor que puede alargarse en cinco, o seis, o diez años más de universidad según el comportamiento anterior. En la cárcel por buena conducta te liberan, en el colegio te agregan años a una condena que son también los libros, los amigos, el mundo que solo puedes comprender, que solo puedes disfrutar, Lorenzo, si has aguantado con paciencia a la profesora sorda de química, al viejo tonto de matemáticas, al loco de música y a la linda belleza triste de

historia.

Eso y los empujones en la escalera, eso y el policía y el ladrón en el patio, eso y los cigarrillos cerca de los basureros, eso y la peluca de la directora, eso y ese amor que te esforzaste en esconderle cuando debías haberlo mostrado a plena luz y arriesgarte el todo por el todo porque un no y un sí son siempre mejor que un quizás.

Todo eso, la estupidez, tu propia estupidez en lo que tiene de más estúpido, Lorenzo, es lo que te enseña el colegio, que te premia con la universidad porque la universidad no tiene nada que ver con el colegio. Tienes que saber eso de entrada, Lorenzo, porque en la universidad se puede faltar, salir en mitad de la clase, pasar del patio a la calle, que es en el fondo el verdadero patio de la universidad: las calles enteras, las plazas, los cines y el subsuelo de la ciudad a los que la universidad les abrió unas puertas que no volvió a cerrar Mauricio Duarte, eligiendo siempre trabajos sin horarios fijos y con patios claros a los que podía salir y entrar cuando quisiera.

Porque eso también es el colegio, Lorenzo, aprender cómo escapar, sonríe Mauricio abrazado a su hijo en el asiento de atrás del taxi al que ha tenido que resignarse después de hacer trizas el auto familiar justo cuando se estaba separando. O quizás es al revés, se separó porque hizo trizas el auto por tercera vez en un mismo año y su mujer decidió que este daño que le estaba haciendo a la carrocería del Subaru Forester se lo estaba haciendo también a ella y a Lorenzo.

—Te quiero mucho, mi amor, siempre te voy a querer, pero en este momento eres un peligro para ti mismo. Un peligro para el Lorenzo y para mí también, tú entiendes, dime que me entiendes.

Y Mauricio admitió que sí entendía, que quizás su deber era apartarse un tiempo, salvar a su hijo de él, ir a terapia y acabar con ese comportamiento autodestructivo. «Auto destructivo», nunca mejor dicho, pensó, porque destruía justamente autos, esas máquinas que nunca había querido tener pero que tener hijos y familia implican.

—Espera, deja que pasen los grandes.

Cubre a Lorenzo con sus brazos y su cuerpo de los briosos trotes de los alumnos de educación media: rubios, morenos, salvajes, luchando contra pelos que les salen de todos los poros de los que no suturan del todo los volcanes de sus espinillas. Bajorrelieves tribales en sus caras,

heridas que confluyen en una sola ceja unida e indivisible de guerreros primitivos. Reconociéndose por el olor, riéndose o maldiciendo sin palabras, mal dormidos y peor despertados, llevando la mochila de cualquier forma menos la lógica. Felices algunos, tuertos otros, ciegos la mayoría, armados para matar o más que eso, convertidos ellos mismos en un arma de guerra, piensa Mauricio, que también sabe que tiene que convertir a Lorenzo en eso a la larga, un arma que tenga nombre y sobrenombre y pegatinas en la ventana de su pieza y tatuajes o proyectos de tatuajes con los que pueda reconocerlo cualquiera que no sean sus padres, que se quedaron pegados a su olor de recién nacido y fueron felices tomando siestas con Lorenzo como una tortuga sobre su pecho mientras los segundos, los minutos completos, el sol completo y la completa tarde y todas sus fases daban una vuelta completa sobre su órbita sin que nadie ni nada pudiera alcanzarlos de puro felices e indefensos e invencibles que eran.

Feliz, para siempre feliz con Lorenzo entre sus brazos, mientras las encargadas de básica se agachan y sonríen más y más como para atraer a su víctima hacia ellas. Y sabe Mauricio que tiene que dejar ir a Lorenzo lo más rápido y firmemente posible. Eso le aconsejaron a su esposa y a él las otras primeras veces en el jardín, el prekínder y el kínder: «Hay que ser tierno y comprensivo, pero firme a la vez. Hay que cortar el cordón umbilical de una sola vez, aunque duela. Como los parches curita, mejor de una sola vez».

—Hay un Lorenzo en la casa y hay otro Lorenzo en el jardín. Los niños socializan de distintas maneras en distintos ambientes, aprenden en el patio cosas distintas que en la casa —les decían dejando ver las parvularias que sus preciosos niños son actores, y que como a los actores los alimentan y visten según la calidad del espectáculo que dan. Unos preciosos manipuladores que las parvularias conocen mejor que ellos porque llevan años y años de niños que lloran y de papás que lloran también y han visto vomitar, gritar, rasguñar salvajemente a niños que una vez en la sala de clase se sientan en calma perfecta, que sin una lágrima más que llorar dibujan o cantan normalmente y solo recuperan su palidez y sus lágrimas cuando ven de vuelta a la mamá al final de la jornada.

¿Cómo te fue, qué tal tu día?, lo mismo que preguntan sus esposas y

sus esposos de vuelta del trabajo. Un buen día más, mi amor… ¿Qué tal todo? ¿Qué aprendiste hoy? Y la fila de mini inodoros en una sala sin fin que le dieron a Mauricio unas incontenibles arcadas que nada le gustaron a la «tía» Paula, que le mostraba orgullosa las instalaciones del jardín El Bosque Encantado, donde Lorenzo tuvo derecho a su «primer primer día».

—Aprender a pedir cuando quiera hacer cacuca —le explicó esa vez la «tía» Paula, que era rubia y linda y había perdido en un accidente de auto el uso de su mano, su tobillo y su mejilla izquierda— es un paso enorme en su autonomía, que es lo central que queremos fomentar en nuestro proyecto educativo.

Sus primos, los Labbé, se enorgullecían de que el bruto de su papá les hubiera enseñado a «civilizar los esfínteres». Lección clave si pasabas como ellos el día entero a caballo. Y le parecía ya que esa era una distancia insalvable con sus primos —fascistas y violentos aunque infinitamente frágiles cuando los conocías mejor— porque los esfínteres de Mauricio y sus hermanos eran libres y salvajes y él de hecho más de una vez se había pasado la mayor parte de la mañana y la tarde preso de una infinita diarrea de solo pensar en ese momento: el primer día de clase de Lorenzo, todo él en cuclillas para darle los últimos besos a su hijo todavía bajo el poder de sus brazos y su pecho suspirante, pero dejándose atraer de a poco por el llamado de los responsables de la enseñanza básica.

—Lorenzo, lindo, Lorenzo, ven aquí con los demás —y los otros niños detrás de la profesora jefa de básica, pálidos algunos, felices otros, en tierra de nadie todos por unos interminables segundos que Mauricio alarga y alarga lo más que puede.

«Este niño es un genio, hay que sacarlo del colegio», decía siempre el abuelo de Mauricio, porque el colegio solo volvía normal a los distintos y mediocres a los originales. «Ese niño es un genio, hay que sacarlo del colegio», ¿pero para ponerlo dónde? ¿En un circo, como hizo el papá de Mozart con su hijo Amadeus? ¿O en la casa viendo televisión o mirando por la ventana o leyendo la Enciclopedia Británica artículo por artículo para convertirlo en un freaky más de los que abundan en su familia? Como si la genialidad fuera tan frágil como para no poder resistir lecciones de matemática, castellano,

historia o esa simple disciplina, esa constancia y dedicación que le había hecho a Mauricio Duarte tanta falta ahora que su vida era una serie de carrocerías rotas y deudas que no puede pagar y una esposa que lo quiere mucho, que lo quiere tanto, pero «Mauricio… tú sabes, no se puede… tú entiendes que es imposible…».

Y sabe y entiende y no tiene cómo defenderse porque es improbable, porque aunque no lo sacaron del colegio, quizás porque no era un genio, le enseñaron que todo lo que se enseñaba ahí era mentira, cobardía o peor, vacío… «Este niño es un genio, hay que sacarlo del colegio», su abuelo quería que sus hijos y sus nietos fueran salvajes y sabiondos, que supieran de entrada que no eran como los otros niños. ¿Pero existen los otros niños? ¿Los otros como una entidad enemiga a la que hay que resistirse sea como sea?

«Eso no existe», eso tenía que enseñarle Mauricio a su hijo Lorenzo. «Los otros» no son el infierno, a no ser que admitamos que también son el paraíso. Su paraíso, tener un país, tener una ciudad, un claustro como el que salvó a Occidente cuando los hunos invadieron el Imperio Romano y los Benedictinos guardaron en sus patios y sus capillas los códices latinos, la miel, el arte románico, la rutina de las misas. «Los hunos y los otros», no hay manera de salvarse de los otros sin caer en manos de los hunos, de Atila, y el pasto que no vuelve a crecer donde su caballo pasa.

Hunos y otros… Y la satisfacción por su propio ingenio hace que Mauricio Duarte suelte un poco más de entre sus brazos a su hijo, dejando espacio para que este lo abandone con mayor facilidad.

No es mi hijo solamente, piensa Mauricio Duarte, es también hijo de su madre, de su época, de su país, de su especie, y sonríe con todos sus dientes amarillos al mismo tiempo para liberar a su hijo de cualquier preocupación, aunque espera todavía que se dé vuelta por última vez hacia él con el riesgo inminente de convertirse en estatua de sal, como la esposa de Lot. Y Eurídice y Orfeo. Esas cosas que se enseñaban en el colegio antes y que seguro ya no porque trauma a los niños saber que con un solo gesto te puedes convertir en estatua de sal o de sombra.

Lorenzo, súbitamente libre de Mauricio, perdido en sus meditaciones mitológicas, sigue derecho hacia las profesoras y los compañeros de curso. Suena el timbre en el colegio. Se acabó el empate, los papás de

los futuros amigos o enemigos íntimos de Lorenzo se levantan como arbustos que luego son árboles y luego un bosque entero de saludos y parabienes, qué tal, huevón, tanto tiempo, ¿está en el B el Benja? Y sonrisas, faldas, blusas, corbatas, pañuelos, peinados casuales perfectamente preparados, sorprendidos todos de estar del otro lado del portón. El centro de Santiago, el Cyros, el Rápido, el Bar Nacional 1 o 2, restaurantes y cafés con o sin piernas, y los diarios, y el olor a papas fritas, el apuro de los junior y los oficinistas, el día que se estira y se acelera, el cine a escondidas, como a escondidas andan los amantes pasando la tarde que hace rebotar sus rayos de sol entre los edificios de cristal, y a las 14 horas el diario ¡*¡¡La Segundaaaa!!*! que vocean los suplementeros en las esquinas.

Sin felicitarlo lo comprenden, aunque discretamente pasan a otro tema, ¿qué tal las vacaciones?, y la Mónica, ¿por qué no vino? Y más padres relajados y felices y más risas, frases hechas y deshechas, el umbral, la caseta del guardia, el portón, el aire libre, que por algo se llama así, libre de toda reja, puertas de vidrio, timbres, inspectores. Y las nubes difusas en el cielo celeste y las casas bajas a kilómetros a la redonda y los árboles y la tienda que vende implementos para asados y el tipo que ofrece fotos de tus hijos el primer día y Luis Escobar dos escalones más abajo que lo invita a la panadería Lo Saldes.

—Hay toda una movida en Lo Saldes —le explica Escobar, que tiene hijos en varios cursos y conoce todos los secretos del colegio—, tengo que hablar contigo de una huevada, tú eres bien creativo, tú tienes hartas ideas.

Se acomoda Mauricio en la enorme panadería de la esquina donde sirven efectivamente desayunos que padres y madres que acaban de dejar a sus hijos en la puerta del colegio devoran con la ruidosa felicidad de haberse escapado ellos también de clases para hacer la cimarra. Cimarra, como los negros cimarrones, los esclavos que se escapaban e iban todos a un mismo delta perdido de la selva donde no los encontraba nadie y se pintaban el cuerpo y gritaban y se revolcaban en la arena y bailaban capoiera, ese baile que es también una forma de entrenarse para pelearse con los dueños de la plantación. Novillos, les dicen en España, y antes en Chile a escaparse de clases se le decía «hacer la chancha». En Francia le dicen la escuela de los

arbustos (*L'école buissonnière*), porque debajo de los arbustos puede pasar cualquier cosa a escondidas. Los franceses siempre poéticos y precisos al mismo tiempo, piensa Mauricio Duarte.

Luis Escobar, el pelo gris perfectamente domesticado y perfumado y unos anteojos aerodinámicos, dibuja sin parar en las servilletas mientras le habla a Mauricio de un sistema de ventilación para cocinas industriales que es su nuevo emprendimiento. Cinco hijos de tres matrimonios diferentes.

—Siempre hay que estar ingeniándoselas, compadre. Tengo unos refugios en la nieve, un hotelito en Punta de Lobos para los surfistas, una empresa de seguridad. La plata..., sale cada vez más caro el kilo de cabro chico. Además me gusta, soy busquilla, me gusta inventar cosas, siempre he sido así. La arquitectura es la raja, pero uno no puede dormirse en los laureles.

Porque es arquitecto, le recuerda a Mauricio, y le parece a este a la vez envidiable y patética la perfecta y rejuvenecida vejez de Luis Escobar. El chaleco de un suave color melón, el cuidado descuido con que se afeita cada tres días porque cierto desorden gris le conviene más que la tersura de los viejos con corbata de su edad que trabajan hasta jubilarse. Él no se puede jubilar, sus hijos son demasiado chicos, su mujer demasiado joven, y lo agradece, se volvería loco en la casa convertido en un abuelito.

—¿Se te ocurre un concepto? ¿Una idea? Tú haces esas cosas, ¿no? ¿Cuánto cobrarías más o menos por un concepto?

Y claro que hace esas cosas, las ha hecho para canales de televisión, ferias del libro y pabellones de Chile en Shanghai. Pero se le escapa cuál es la diferencia de este sistema de ventilación con los otros sistemas de ventilación.

—Es la gestión de la grasa, no es la ventilación solamente, es toda una nueva manera de gestionar los desechos —le explica Escobar—. Es un sistema que en Europa se usa por defecto pero que en Chile nadie quiere implementar porque es más caro. Más caro al principio, pero más barato al final, eso habría que explicarlo bien. ¿Cómo decimos eso en un solo concepto? La gestión de los restos es un gran tema a nivel mundial. En serio. ¿Qué hacemos con las sobras? ¿Cómo administramos los desechos sin crear más desechos? Es un tema

incluso filosófico, si tú quieres. Al final, ¿qué queda cuando uno pone las cosas sobre papel? ¿Qué se hace con lo que queda? Son ideas a las que estoy dándoles vueltas.

—Deja pensarlo —responde Mauricio, porque justamente no puede pensar en nada de nada hoy mismo.

—Es poco para ti, yo sé, no es de tu nivel —se disculpa Escobar—, pero van a salir más cosas de a poco. Yo necesito un huevón creativo con las palabras para las distintas huevadas que estoy haciendo.

—No, si está bien, ninguna paga es poca —responde Mauricio Duarte. Recién separado, dos casas, el doble de gastos. Necesita paga, rápida, efectiva—. Déjame un tiempo. Es el primer día de Lorenzo, mi hijo. Estoy un poco en shock. No sé muy bien qué pensar.

—Nada, no pienses. Son felices en el colegio, no te preocupes, huevón. Yo sufría como tú antes con las más grandes, pero ya con el cuarto dejé de sufrir —lo consuela Escobar.

—Claro —responde Mauricio Duarte, pero es quizás lo que menos le podría perdonar a su hijo, que fuera feliz sin él, que fuera feliz contra él, que su dolor no valiera nada. Saber que en el fondo están separados por una distancia infinita, porque Lorenzo va a vivir cuando Mauricio esté muerto y hablará en otro idioma, el idioma de su patio, de su edad y de su generación, que llamará a combatir con sangre y dientes a la anterior.

—Estoy enredado entero, tengo la cabeza hecha mermelada, perdona —le explica, no sabe por qué, Mauricio a Luis Escobar, que comprende todo, que perdona todo. Esa es la ventaja de ser viejo y ser joven al mismo tiempo.

—Bueno, dime si se te ocurre algo, cualquier cosa, y de ahí la vamos desarrollando —concluye el empresario, mientras expulsa las migas de su pecho y paga la cuenta. Pasan bruscamente a otro tema, a cualquier tema. Aceptan ese pacto que es hablar por hablar mientras salen de Lo Saldes—. No te preocupes tanto, compadre, todo va a estar bien, los niños se adaptan a todo.

Los otros apoderados buscan sus autos para irse a empezar la jornada laboral. Pero Mauricio Duarte no tiene auto y su primera reunión del día es al almuerzo. La mañana es entera suya y no sabe qué hacer con ella. Pensando en qué usar las horas que le sobran,

camina por las calles adyacentes al colegio como un espía.

Es cierto, tiene razón este huevón, los niños se adaptan a todo, pero nunca olvidan, nunca perdonan del todo. Él al menos no olvida y no perdona nada. Lorenzo, su hijo, corriendo hacia los otros niños con su andar torpe en el hall de entrada del colegio. Su hijo que ha heredado los pies planos de su padre y tropieza por el suelo de linóleo demasiado refregado del pasillo del colegio. Su hijo que se queda enredado en la manilla de la puerta. El mundo que es para la gente como nosotros, Lorenzo, una serie de trampas a las que con una sonrisa sobrevivimos haciéndonos los tontos o los inteligentes, fingiendo que nos acostumbramos a lo que siempre es el primer día.

Árboles, techos, una avioneta que va cayendo despacio, muy despacio, con un silbido sin fin de un lado al otro del cielo blanco. ¿Se está cayendo realmente o solo planeando, esperando el viento a su favor? Y le sorprende a Mauricio desear que se estrelle finalmente para que algo acabe con tanta infinita paz en ese barrio perfectamente blanco de casas todas distintas, pero en el fondo iguales. Y siente unas súbitas e irreprimibles ganas de ir al baño («civilizar tu esfínter», como decían los malditos Labbé, que es lo único que habían civilizado), quizás porque sabe que no hay ninguno disponible en cuadras a la redonda, y camina rápido solo porque le da miedo correr y no quiere que piensen que está arrancando de algo, de alguien, ¿de qué?, ¿de quién?

Corre, está corriendo, corre más y más. Eso es ser libre, Lorenzo, piensa ahora, correr como si te estuvieran persiguiendo aunque nadie te persiga. Y suda por ese calor sorprendentemente húmedo, porque todavía es verano en marzo. Y la avioneta que no para de caer. Y la inclinación de los árboles. Y ese tipo que se esconde mal detrás del diario que acaba de comprar en el kiosko. Y autos muy lentos, y perros en las rejas ladrándole, y una calle que se tuerce sin fin hasta llegar a la puerta misma del colegio donde Mauricio recupera el aliento perdido.

¿Cómo y por qué llegó hasta aquí? No sabe, no le importa, sube las escaleras de la entrada como si se tratara de un podium. El reloj inmenso en el hall de entrada, las copas de atletismo, fútbol y rugby obtenidas a través de décadas y décadas de competencias

interescolares y que no caben en las estanterías donde han tratado infructuosamente de ordenarlas. Y Mauricio que sabe qué es lo que no debe hacer, y que sabe también que no puede evitar hacerlo.

—Lorenzo —le dice al portero y luego al inspector, que exige confirmación—. Lorenzo Duarte.

Y el inspector busca en una interminable lista.

—Primero básico... ¿B o A o C? No sé, alguna de esas letras —se impacienta Mauricio Duarte, y le parece de pronto que tiene el deber de librar a su hijo de esas letras que dividen su nivel hasta la H en ese enorme patio vacío alrededor del cual recitan ahora los colores en inglés, yellow, yellow.

Le preguntan si está seguro, si eso quiere, llevárselo, y Mauricio repite algo de un doctor, de una tía que vive en Europa, un examen urgente, algo genético muy complicado que solo se puede hacer ahora. La poco convincente explicación va sumando y sumando autoridades dispuestas a negarle el acceso a la sala de clases.

—Es el primer día de Lorenzo —vuelve a insistir la jefa de básica—, está adaptándose su hijo, es mejor para él que se quede. Se lo digo desde la experiencia, sería muy perjudicial para su hijo...

—Es mi hijo, usted lo dijo, mi hijo... —el argumento inevitable.

—¿Está seguro de que quiere retirarlo de clase? Bajo su entera responsabilidad se lo dejo. Igual voy a tener que hablar con la mamá —se asegura la jefa de básica, y la pelea, los reproches de la Mónica que seguro vendrán, «estás loco, completamente loco, Mauricio», y la confirmación inevitable del divorcio, «por eso no puedo estar contigo, ¿te das cuenta, Mauricio?», y quizás la custodia del niño, de «nuestro hijo» que es cada vez más de ella y solo de ella. No importa, nada de eso le importa ahora. Sabe eso y solo eso, que tiene que lograr lo que logra finalmente, que lo dejen entrar a la sala del primero básico C, que se calla de una sola vez cuando el papá de Lorenzo interrumpe lo que no se puede interrumpir: el momento sagrado del primer día en ese recinto sagrado donde se supone que ya no hay papá ni mamá.

Y su hijo que mira de pronto pálido los ojos encendidos de su padre que lo busca.

—Tu papá, te busca tú papá... —y Lorenzo que se levanta al mismo tiempo que soporta las miradas de todos los otros niños, como un lobo

que sabe que ya nada puede saciar su hambre pero que tampoco puede dejar de cazar presas cada vez más grandes—. Lorenzo, tus cosas. Tu papá te vino a buscar.

Y el hijo sumiso que reúne sus cosas para entregarlas como una ofrenda al padre. El niño que camina solo, completa y totalmente solo hacia su padre sudoroso y sonriente que orgulloso de su error se despide con una última mirada desafiante de los otros niños y las profesoras, que saben que no olvidarán nunca más la escena.

«I UNDERSTAND»

1.

A todos los futuros alumnos de los cursos de inmersión lingüística de Embassy nos han reunido en una sala para hacernos rellenar un interminable test que mide nuestro nivel en el nuevo idioma. Miro las frases y mezclando canciones de los Beatles, trozos de películas, un poco de francés y un poco de español, tengo la impresión de resolver fácilmente cualquier trampa gramatical y entender lo que me preguntan y lo que respondo.

Luego en la entrevista personal que realiza Tom, un profesor notablemente amanerado, mi seguridad queda por los suelos. En mi test ha rayado con furiosas letras rojas: -16.

—Bajo en comprensión —me explica—, peor en gramática.

En un papel anota mi nivel: solo un curso por encima de los principiantes absolutos.

Después nos devuelven a la sala. Cincuenta jóvenes de entre 25 y 40 años: japoneses, coreanos, una rusa aspirante a supermodelo y un suizo italiano al que le da por hablar con todo el mundo. Joe Shapiro, el jefe de estudios, que se ha puesto especialmente para la ocasión una corbata roja y sus zapatos de plataforma (mide un metro sesenta sin ellos), nos da la bienvenida.

—Felicidades, están en Nueva York, la mejor ciudad del mundo.

Y sin decaer ni un minuto en su entusiasmo, nos lanza una marea de chistes sobre la escuela y los otros profesores, órdenes, advertencias, sonrisas y más sonrisas. Nos presenta al resto del equipo pedagógico (aparecen uno a uno, como si fueran la tripulación de *Crucero del amor*).

—¿Dónde aprendió Michael Jordan a jugar al baloncesto? —sigue Shapiro.

Los alumnos, desconcertados, no saben qué responder.

—En la calle —se responde a sí mismo—. El inglés es como el baloncesto, solo se aprende practicándolo. Por eso les aconsejo que participen en las actividades extracurriculares.

Y Débora, la brasileña, que habla un sexy inglés con acento portugués, nos anima a apuntarnos a una excursión a las tierras de los amish y a un desayuno de jazz en el Blue Note y a una comida en un restaurante italiano de Little Italy.

El show de bienvenida concluye con la charla de Jonathan, una versión barbuda e impaciente de Woody Allen. Instrucciones en caso de incendio (solo ha habido uno en diez años, pero nunca se sabe), prohibición de fumar en el edificio, pero también en la entrada, porque el resto del rascacielos se queja de la presencia en todas partes de esos adolescentes crecidos que hablan en todas las lenguas y en ninguna e invaden aceras, ascensores y escaleras de incendio con sus caras de recién llegados.

—Es una oportunidad maravillosa de conocer una cultura y una lengua. Espero que la aprovechen. Gracias y adiós.

2.

Mónica debe tener unos sesenta años. Es rubia y gruesa y no para de masticar las palabras y mover desesperadamente los brazos para que a sus alumnos no se les escape ni un vocablo. Más de la mitad son japonesas y coreanas —niñas de edad indeterminada con toda suerte de pulseras rosas, chalecos de Hello Kitty y diccionarios electrónicos también rosados.

En el clan de los occidentales estoy yo, dos esforzados brasileños, Marc, un teenager catalán, y Sandra, una siciliana coqueta que usa siempre botas y pantalones de montar.

Me presento cuando Mónica gesticula que me toca hacerlo. Soy chileno (aunque mi pasaporte es francés), periodista, me voy a casar dentro de tres meses con una neoyorquina y vivo a tres manzanas del instituto, en un edificio rojo en medio de un complejo de viviendas para clase media sindicalizada.

—*Ohh yes* —exclaman entusiastas las orientales ante cada una de

mis aseveraciones. Mónica da por terminada la presentación y escribe sobre la pizarra blanca las palabras que debemos analizar.

«Yesterday», «Satisfaction», «Night and day», y siento que el inglés siempre ha estado ahí, amarrado a mi mano como dos presos que se escapan encadenados de un penal. Y de pronto, como si nada, el inglés se escapa, dejándome solo con la policía.

Mónica me pregunta:

—*Why?*

—¿Eso es cómo o es quién? —pregunto en castellano.

—*In English, please* —me ordena Mónica. Y entonces empieza a caer la nieve sobre Nueva York y todos los alumnos corren hacia las ventanas, salvándome del resto del interrogatorio.

3.

Primera nieve de abril. Días y días de nieve. No hay mejor manera de describir el efecto que producen en mi mente las cuatro horas diarias de inglés que compararlas con la nieve que hace irreconocible la ciudad. Así, con su estilo paciente y enérgico, Mónica me obliga a perder mis puntos de referencia, mis frases comodines, mis letras de canciones, mis restos de gramática francesa, para forzarme a caminar a solas en el blanco infinito. A hundir mis pies en el frío y a buscar en medio de la nada un farol o un arbusto a partir del cual reconstruir el mapa mental de mi ciudad y de mi idioma perdido, que recupero escondido en los computadores del instituto donde desesperadamente le escribo correos a Paula, Monse, Carola, Marco, mi hermano Ignacio, alguien que me recuerde que no tengo los cincos años de edad mental de mi vocabulario en inglés ni los cien años que pesan sobre mis hombros cuando escapo de clases y me voy a llenar unos platos plásticos con la comida mal calentada que me ofrecen los Deli gourmet de cerca de Madison Square Garden. Deli donde no tengo que pedir en

ninguna lengua la comida, solo llenar mi plato, pagar y comer solo en plena calle. A lo más me toca preguntar algo en el castellano que todos hablan aquí.

Quizás es por esa sensación aplastante de infancia por lo que las coreanas y las japonesas se sienten tan cómodas en el curso. No tienen edad, no es posible distinguir cuál de ellas ha cumplido quince o veinte, cuál es virgen o cuál está casada y tiene hijos o cuál es actriz porno. En todas partes sus risas de geishas que me ruegan que les lleve fotos de mi novia, que les firme los cuadernos, que les repita mi nombre porque les parezco lo más excéntrico que han visto jamás en Nueva York. Y antes de que unas cuantas de ellas vuelvan a Seúl, no dudan en sacarme abundantes fotos para mostrarle a sus amigas y explicarles cómo son de despeinados y mal vestidos los neoyorquinos.

¿En cuántos álbumes de fotos surcoreanos soy el ejemplo mismo de esa gran ciudad donde silencioso como un fantasma almuerzo en la calle para volver después de clases a mi casa a contarle a mi novia que me porté bien, que no tengo tareas, que todo está bien?

4.

Nivel intermedio II. Danny —el nuevo profesor— es cool. Judío de origen alemán, ha vivido en Texas y Londres, nos explica con lujo de detalles. Toca el bajo en una banda de jazz. En la primera clase nos enseña el condicional, descifrándonos «Hyperballade», una canción de Björk que está escrita toda en condicional.

Marc, el adolescente catalán, llega vestido de rapero dorado tras una visita a Harlem. La siciliana me dice en la lengua que compartimos, casi italiana y casi español, que le da lo mismo el curso porque tiene un novio rico americano que la va a hacer viajar por el mundo en la lengua que sea. Buscando alguien más entusiasta que yo con las tareas me siento al lado de Min, un arquitecto coreano muy sonriente y esforzado que es incapaz de decir dos palabras inteligibles en inglés, pero que saca notas sobresalientes en los exámenes de gramática.

Todos los que aprenden idiomas hablan de un momento de epifanía lingüística en que todo lo que está turbio y disperso se une y se hace

transparente y simple. Yo espero el momento resistiéndome a la gramática, intentando derrotarla a punta de excepciones. Dicen que el inglés es una lengua lógica, que busca la síntesis, la libertad y el ahorro. Pero yo no soy lógico ni sintético ni —mal que mal soy chileno— libre. En vez de aprender me refugio, me defiendo, me protejo, y después de pasar horas tomando metros equivocados (por ser incapaz de entender lo que dice la voz por altoparlante), me escondo en mi apartamento a ver en *Laura en América* de Telemundo cómo en Lima gordas y mendigas se tiran del pelo y se patean en el suelo.

La nieve se ha convertido en barro sucio, llena de rastros de pasos. Nueva York se mira complacida en su propia suciedad. Si intento hablar en inglés resulta que el dependiente del Deli o del Starbucks es un latino que me responde en castellano. Si pienso que estoy frente a un latino y le hablo en castellano, me responde en un ofendido inglés. Ni castellano, ni inglés, Nueva York habla en ciudad, en la lengua de los bocinazos, las señas, los empujones, los quejidos de los locos, los números, los «yes» y los «no» que bastan y sobran. Habla en laberinto, que es mi idioma también, aunque mi acento lo haga irreconocible a los que hablan el laberinto estilo Manhattan.

Como en el colegio, evito concentrarme en aprender los verbos irregulares en las frases irregulares que Danny analiza en la pizarra blanca, para dedicarme en cambio a inventar estrategias para aguantar hasta el recreo y los computadores donde puedo chatear con Chile. Otra clase y otra clase en que dibujo sin parar en las hojas de exámenes más y más complicados, tribunales de ojos y más ojos por toda la hora, hasta el timbre de salida y la escalera, la calle, el Imperial Building muy cercano y los camiones bajando la Séptima Avenida, los bancos, las sucursales, los restaurantes al paso, las revistas, los diarios, el cielo tan enorme y liviano como el que flota sobre los barcos cuando los sueltan en alta mar.

5.

A Danny le ha dado por ponerse filosófico. Nos pregunta qué opinamos de poner la otra mejilla. El tener que explicarme con pocas y muy

generales palabras (puro «I am», «I do») me obliga a ser extrañamente preciso. A podar todas las ramas de mi pensamiento, que queda convertido en un haikú tembloroso al que Min responde, mintiendo, con unos cuantos «I understand» que no parecen comprender nada.

La escena se repite cuando Danny nos pregunta si estamos de acuerdo con que el amor es lo más importante en la vida o si creemos en la vida después de la muerte.

Min me dibuja una casita triangular con un perrito para explicarme cuál es su mayor sueño en la vida. Una casa con un perro y un coche, completamente occidental. El plato favorito de Min es el bistec con papas fritas, su deporte el béisbol, su actor preferido Brad Pitt y su actriz, Jennifer Aniston. Sus gustos son compartidos por el resto de los coreanos del curso. Quieren ser más americanos que los americanos. Quieren ser americanos de una forma coreana.

Los japoneses, en cambio, usan peinados más extravagantes, las mujeres muestran más las piernas y el escote. Pese a que históricamente Japón y Corea se odian, coreanos y japoneses se sientan juntos a un lado de la sala, sin mezclarse del todo con el clan latino, que está compuesto ahora por una dentista carioca y por Chantal, una francesa que en vez de una foto de su novio lleva en la billetera la foto de su perro. Los latinos acaparan la palabra en clase y vencen en todos los juegos didácticos, aunque los viernes, a la hora de los exámenes, fracasan vistosamente. Los fracasos más vistosos son los míos. -16, -18: mis notas son alarmantes. Como Maradona, intento una y otra vez empujar la pelota con la mano dentro de la portería para darme cuenta, a la postre, que la portería es la de mi propio equipo.

6.

Danny nos cuenta un extraño sueño. Su novia, la que pensaba que era la mujer de su vida, aparecía vestida de blanco asomada al balcón de un segundo piso y se lanzaba —a pesar de las advertencias de Danny— a un patio de piedra. Allí, sangrante y herida, la mujer se levantaba, volvía a subir las escaleras y, desoyendo de nuevo los gritos desesperados de Danny, volvía a lanzarse al vacío con una sonrisa en

los labios.

El sueño resultó premonitorio, nos explica el profesor. Una y mil veces trató de salvar a su novia de su propia autodestrucción. Una y mil veces la novia no lo escuchó.

Danny le cuenta su vida a un auditorio que no puede ni conmoverse ni responderle, ocupados como estamos en intentar descifrar la concordancia de los tiempos verbales en los sueños que nos cuenta. Pero quizás esa misma condición de tartamudos y niños, de deficientes mentales en pleno uso de sus facultades es lo que le permite la confianza de hablar de su vida sin esperar consejos ni reprimendas, con la libertad del que habla para sí mismo.

Al clan de los latinos las confesiones del profesor no parecen ablandarlo y decide de pronto poner atajo a sus ambiciones gramaticales. Sandra presenta una queja ante él en nombre de todos. Danny intenta que los coreanos le ayuden a defenderse —al fin y al cabo, los ha invitado a verlo tocar batería en un bar del Village—, pero estos no se pronuncian y entonces, sin mayor problema, el profesor ofrece cambiar el método. Más conversación y menos gramática. Menos filosofía y más conversaciones prácticas. El reloj indica el final de la clase.

Miro a Min sentado en la sala, ordenando cuadernos, sacapuntas y lápices sobre la silla pupitre. Quiere quedarse en Nueva York —me contó a través de gestos y sílabas—, pedir una beca, sobrevivir con pocos o con ningún amigo. Y sin embargo le sonríe a la pizarra. Sabe que si se detiene, cae; si lo piensa, va a retroceder. La casa con techo triangular, el perrito y el bistec con papas fritas, sus sueños banales, son una forma de caminar en la cuerda floja sin mirar hacia el suelo ni hacia el cielo, solo concentrado en cada paso, sonriendo a un inexistente público que lo espera al otro lado del abismo sin palabras en que los dos, sin tener nada en común, somos por eso mismo algo parecido a amigos.

7.

Un nuevo examen diagnostica que debo cambiar de nivel y curso.

Cynthia, la nueva profesora, parece chilena. Muy baja y coqueta, contiene la respiración para realzar el busto, avanzando como si caminara sobre las brasas de su último novio, que de seguro se quemó a lo bonzo por ella, para luego retroceder tímidamente y volver a su lugar cerca de la pizarra.

Es primavera, la nieve abandona del todo la ciudad, que parece la misma de antes del invierno,aunque es completamente distinta: los edificios sucios y grises y las townhouse rojas y la nueva tienda de ropa usada y la fotocopiadora que cerró sin avisarle a nadie.

Así también mi forma de comprender el mundo, de hablar con frenesí renovado el castellano que tragándome todas las letras hablo, parece la misma; pero ha cambiado profundamente. Mi seguridad chilena, mi egocentrismo: todo eso ha quedado erosionado por la nieve de la nueva lengua. Pero no solo a mí, sino a todos mis compañeros del Embassy, Nueva York nos ha cambiado. Las coreanas llegan tarde a clases porque el metro se burla de ellas. Se impacientan con los ejercicios y maldicen el bibimbap que cocinaban sus madres. A Marc no le quisieron vender un T Shirt en Harlem porque era «solo para negros». Yo ya no me peino, ni me afeito, ni me abrocho los cordones de los zapatos.

Del todo hundido en mi infancia, rebelándome —como lo hacía por entonces— con mi cuerpo y mi falta de higiene contra todo orden y toda civilización escolar, mastico como un salvaje el sándwich de pan con queso que me prepara mi novia por la mañana para que me porte bien en clases. Llego tarde y me niego a escribir y salgo del salón y del edificio enseguida a devorar más y más comida calorífica y reconfortante mientras disfruto con salvaje alegría la brisa tibia al bajar por la Séptima Avenida, por donde siguen bajando los camiones enormes tocando a la vez todas sus bocinas, pero que ahora, como si fueran viejos amigos, siento que me saludan a mí y, desde el centro de la vereda donde los irlandeses salen y entran de sus cavernarios pubs, los saludo de vuelta como un americano más.

8.

Nuevos exámenes. La profesora ha decidido devolverme al intermedio II A. Aquí hasta la profesora es oriental. Mientras Yukio, la nueva alumna japonesa, masacra con agudos suspiros una frase del libro de texto, me levanto y salgo al pasillo.

En la sala de ordenadores veo cómo Sandra le enseña a Marc a pintarse las uñas, cómo Min rellena un formulario, cómo Chantal reclama a solas. Y de pronto decido que ya sé lo que tengo que saber. Como la mayor parte de los habitantes de esta ciudad, no conozco bien la lengua que tengo que hablar, pero sí conozco perfectamente la sintaxis de Nueva York: sus puntos y aparte, sus puntos negros, sus puntos seguidos, sus puntos suspensivos, sobre todo. Junto a mis seguridades chilenas, mis amigos, mi ciudad, mi idioma, también se han ido parte de mis miedos.

Y en pleno horario de clases bajo los seis pisos hacia la calle, donde unos alemanes me preguntan dónde queda el Empire State Building.

—*I understand* —les respondo. Y contemplando con maliciosa sonrisa su desconcierto ante mi respuesta, les repito—: *I understand.*

La puerta

Tengo una puerta de más en mi departamento. No es grande y no se abre. En enero unos inspectores municipales fueron a vigilar unas filtraciones en el tercer piso. No encontraron lo que buscaban, pero sí mi puerta, que no debía estar en el lugar en que estaba y la reportaron.

Me citaron una y otra vez hasta que terminé por acudir al tercer juzgado de policía local de la comuna de Providencia, una casa roja de la calle California llena a rabiar de conductores que intentan ver cómo avanzan sus partes y de funcionarias en uniformes de un color entre el beige y café con leche, de edades de distintos tamaños y colores, pero con la misma cara de hastío profundo, que no se podría llamar mala voluntad, pero tampoco buena voluntad, que habría que quizás llamar ninguna voluntad. Ni un poco de voluntad, nada, una especie de estado superior de la conciencia que les permite al dar vuelta una hoja por los cuatro costados calcular el tamaño de mi multa:

—50 UF, al día de hoy.

—¿Qué sería eso en plata normal? —pregunto y vuelve ella a calcular con impaciencia el precio de la UF, la unidad de fomento, una especie de unidad monetaria inventada en la dictadura para evitar la inflación galopante cuando quebraron la economía el año 1982.

—Vendría a ser más o menos dos millones y medio de pesos si lo paga ahora mismo.

—¿Por una puerta?

—Por una puerta no registrada.

—¿Puedo hablar con la jueza? —digo con cierta exasperada ironía que no le cae nada de bien a la Kathy que me atiende, que sé que se llama Kathy porque su nombre lo lleva escrito en un *badge* de plástico colgado a su abultado pecho que cabe sin embargo sin problema en su uniforme.

—No, no puedo hacer eso, señor. Todo por escrito. Ya perdió su oportunidad. Declinó venir en febrero cuando se lo citó a audiencia,

ahora es demasiado tarde.

—Pero en febrero son las vacaciones en este país. No estaba ni en Chile cuando me citaron.

—Pero es abril ahora. Tuvo todo febrero y todo marzo para regularizar la situación.

—Hubo un terremoto entre medio, señorita, no sé si supo. 8,8 en la escala de Richter, Concepción está en el suelo. A Constitución se la llevó el mar.

—¿Y su puerta?

—¿Qué pasó con mi puerta?

—¿Sufrió algún tipo de daño con el sismo, su puerta?

—A mi puerta no le pasó nada, perdone, pero al país sí. Casi se vino abajo todo en el país. La tierra se movió de su eje, registraron los satélites. Hubo un tsunami con muchos muertos. Usted sabe todo esto. Estaba en Chile.

—Ya, ¿pero eso que tiene que ver con su puerta?

—Nada. Mi puerta no tiene nada que ver con nada. Yo no puse ahí la puerta. La puso el dueño anterior, no sé hace cuánto tiempo. No puedo saberlo, se murió la señora a la que le compré el departamento. Ir más atrás sería trabajo de arqueología.

—Ya, pero tiene dos puertas cuando debería tener una, señor. Eso es lo que nos importa como juzgado de policía local.

—Pero no sabía que tenía derecho a una sola puerta. ¿Cómo iba a saberlo? La puerta no se abre. Da lo mismo que exista o no. No sirve para nada. Solo existe.

—Eso mismo, existe, ese el problema, señor. La puerta existe.

—Pero yo no tengo nada que ver con su existencia. Se lo juro. Existe independiente de mí la puerta, se lo puedo jurar sobre la Biblia o el código penal si usted prefiere.

—A mí me da lo mismo su puerta, se lo aseguro. Es un asunto legal. Aquí estamos para cumplir la ley. Pero si quiere se lo explica todo en un escrito a la señora jueza.

—¿Cómo se escribe un escrito?

—Solo tiene que decir lo que me dijo a mí, pero por escrito. Anote aquí —y me pasa una hoja blanca y un lápiz bic—. Con respeto eso sí, con mucho respeto. Todo lo que me dijo lo dice punto por punto, pero

con respeto, sin exasperarse. Le pone el número de causa, que es este, y le escribe a la jueza, «Su señoría Patricia Tamboletti», y expone su caso.

Copio la fórmula que me enseña. Le entrego la carta.

—Espere —me dice y espero en la puerta de la corte, que es el salón de lo que fue una casa de clase media, ni siquiera muy alta. Dos pisos, salón, cocina convertida en estación de escritorios, patio cubierto de un techo de plástico sucio lleno de hojas muertas, el garaje unido al resto de la casa en que hacen fila y más fila conductores que vienen a discutir los partes recibidos. Impacientes ellos también, pero conociendo perfectamente el ritual. Esperando su turno para reclamar papel en mano lo que les cobran, las calles donde no estuvieron estacionados, el padrón no vencido. Esa vida de hombre adulto, de hombre con auto de la que milagrosamente me he liberado quizás por eso mismo, porque tener un auto es pasarse la vida en juzgados, es tener algo que ver con la justicia civil.

Quince minutos, veinte pasan hasta que Kathy vuelve.

—La señora jueza ha tenido a bien rebajarle la pena a cambio de que en el plazo de un mes regularice la puerta.

—¿Cómo rebajarme la pena? No podría simplemente terminar con la pena de una vez por todas —pregunté con ingenuidad—. Si es una puerta, no más.

—¿Tiene o no la puerta? —se cabrea la Kathy, que sabe que ha conseguido por mí ya lo imposible—. ¿Es suya la puerta sí o no?

—Es mía pero no la uso, no la hice yo, estaba ahí. No tengo nada que ver con esa puerta.

—Pero es su puerta.

—Claro, de alguna manera es mi puerta, pero yo no la quería tener.

—Pero la tuvo. Ahí está. Una puerta por departamento es lo que hay que tener, ni una más, ni una menos.

—¿No hay un delito más grave del que se preocupen en este juzgado? ¿No tienen nada más que hacer que perseguir puertas y ventanas? —me indigno, pero veo que esto puede agravar mi mal y retrocedo—. Perdone, me pongo muy nervioso. No estoy acostumbrado a pasar por la justicia. La última vez terminé preso.

Sus cejas y sus orejas puntudas esperando el patrón de conducta

delictual.

—No fue nada. Solo insulté al presidente de la Corte Suprema. Fue un chiste que no comprendió. Una noche en Capuchinos. Imagínese después de eso lo que me parece todo este asunto de la puerta.

—Una puerta es una puerta —me informa la Kathy con un tono pedagógicamente calmo—. Ya existe la puerta, ya es un hecho de la causa, solo puede regularizarla en la municipalidad… En la Dirección de Obras, ahí le van a decir qué hacer.

—¿Tiene los planos de su departamento? —me pregunta la secretaria del jefe de obras de la municipalidad de Providencia—. Don Javier está muy ocupado. Don Javier tiene que supervisar muchas obras. Don Javier tiene memoria fotográfica, pero usted tiene que venir con los planos.

—Pero es una puerta. Es solo una puerta. Juro que no la voy a usar. ¿Podría hablar con el señor Monárdes? ¿Me podría explicar él lo que tendría que hacer?

—¿Dirección exacta?

—Andrés de Fuenzalida 98, departamento 56.

—Don Javier está muy ocupado. Tiene suerte, está aquí. Quizás tiene un minuto para usted. Siéntese.

Obedezco nuevamente y me siento al fondo de la recepción. Todo el lugar enchapado de madera barata. Solo el retrato de Michelle Bachelet, la presidenta, me recuerda que no estamos en los años ochenta, en la dictadura donde entraba uno a las municipalidades y los registros civiles con la garganta apretada y el sudor frío y no se atrevía siquiera a interrumpir a las autoridades engominadas que eran siempre Don Jaime, Don Sergio, Don Álvaro, si es que no eran mi general, o mi coronel, como el coronel Labbé, un torturador sonriente y gordo cuyo retrato flanquea al de la presidenta porque es el alcalde de la comuna, elegido por votación popular por tercera vez.

—Tiene suerte. Don Jaime tiene un minuto para usted. Venga. Sígame.

Un pasillo oscuro de archivadores, grabados de pájaros de Claudio Gay, escenas típicas de Rugendas y al fondo la oficina llena de dibujos enmarcados de casas patrimoniales.

—A ver, señor Gumucio. ¿El que escribe, no cierto? —revela la

única razón por la que me atiende. Traje celeste, corbata negra, pelo gris, piel morena y ojos azules. En el brillo de sus ojos la sorna con que debe mirar a sus compañeros de curso que querían ser artistas y construyen casas de playa o mejoras de almacenes mientras él es el todopoderoso dueño de los planos reguladores de la comuna. Dueño y señor de todos los garabatos que someten a su ojo de halcón que conoce el perímetro perfecto de la ley y sus modificaciones, mostrándome milagrosamente el plano de mi departamento.

—Ese es su departamento. El edificio Venecia. 1961. El primer edificio en altura de la comuna. Ve, a usted le entregaron el plan sin la puerta. Usted compró otra cosa que la que tiene.

—Pero cómo iba a saber yo que no tenía derecho a otra puerta, señor Monárdes.

—Tendría que haberlo sabido. ¿Cómo sé yo que no tiene dos departamentos en vez de uno?

—Vengan a revisarlo si quieren. Mande a los inspectores municipales, para que vean que no sirve de nada la puerta.

—Nosotros ya revisamos una vez. Con eso basta. Nosotros ya hicimos nuestro trabajo, ahora esto es un problema entre usted y la justicia.

—Pero no maté a nadie. ¿Por qué voy a tener problemas con la justicia?

El jefe de obras levanta los hombros como diciendo ¿quién sabe? Quizás cuántos cadáveres hay detrás de la puerta no regularizada.

—¿Qué puedo hacer yo si no tengo nada que ver con la puerta?

—Es su puerta ahora. Tiene que partir desde cero. Pedir permiso para construirla.

—Pero si ya está construida.

—Ya. ¿Quiere resolver el problema, sí o no? —suspira peinando sus engominados pelos grises—. Sé de lo que hablo. Yo no lo habría recibido sin planos, pero lo hice, le encontré sus planos. Es más de lo que yo tendría que hacer por usted. La puerta es su puerta. Tiene que conseguir a un colega, colega mío quiero decir, arquitecto, se entiende. Un colega que le haga los planos para convencerme de que esa puerta no comporta ningún peligro para la comunidad. Para eso tiene que hablar primero con la presidencia de la comunidad del edificio para

que autorice la construcción de la puerta. Tiene que tener todos esos papeles bien ordenaditos y al día, en una carpeta impecable, y presentarme el caso aquí mismo en dos semanas a más tardar... Ah, y hay que pagar después, si le dan el permiso.

—¿Pagar por qué?

—¿No va a querer una puerta extra gratis?

—Pero si no es mi puerta...

—Ya sabemos lo que es. Hágame caso. Deme un plano nuevito, lindo y clarito y ahí veo si le apruebo la puerta.

No me atrevo a discutir siquiera ese punto. El monto es seguro mucho menor que los dos millones y medio que tendría que pagar en el tribunal. Hago lo que me dicen. La presidenta de la comunidad es sicóloga y atiende en el mismo edificio en que vivimos, ella en el segundo piso, yo en el sexto. En el jardín, entre un paciente y otro, firma mi carta. Abejas, sol, flores abiertas de par en par.

—¿Por qué tienes dos puertas en tu departamento? — me pregunta.

—No sé. Estuve tratando de averiguar. Hay muchos mitos. Don Pedro, el portero, dice que el dueño de antes era muy fiestero y así entraba de noche sin molestar a nadie. Dicen también que tenían un estudio de arquitectos. O que la mamá era delirante y la querían lejos, en su propio departamento. No sé. Es una lata infinita esto de la puerta, perdona que te moleste. Yo sé que tienes tus pacientes, pero me cobran lo que no tengo por esa puerta maldita. No sabes, no sabes. Tengo que conseguir un arquitecto que me haga un dibujo del departamento —le confieso quizás porque es sicóloga: después de 47 años de terapia (con mínimas interrupciones) termino confesando por instinto reflejo todo a los sicólogos—. Es el marido de mi jefa el arquitecto. Me da una vergüenza terrible pedirle ese favor.

Pero Luis Fernando, el arquitecto, no se hace problemas y manda a uno de los arquitectos de su oficina, un hombre redondo, alto y barbado y más viejo que yo, a medir mis paredes, ventanas, salón, cocina, puerta 1 y puerta 2 para luego dibujar los planos como si fuera a comprar ahora el departamento en el que vivo hace cinco años. Pienso en el castigo que debe representar para el arquitecto mandado dibujar el plano de un departamento que ya existe como si no existiera. Pero no tengo tiempo y espacio para escrúpulos. Voy con el

plano nuevo a la Dirección de Obras, pero Don Javier ha salido a terreno y me atiende después de mi desesperada insistencia su asistente, un tal Sanguinetti, de más o menos mi edad y una cara de siesta que apenas puede sostener.

—Necesito más información —examina el plano mucho más tiempo del que su cara de perpetuo cansancio me dejaba presagiar—. El terremoto.

—No pasó nada con el terremoto. Se me cayó un televisor viejo, nada más. Ni siquiera se rompió. Teníamos la ilusión de que se rompiera para comprar otro pero no se rompió. Unas rayas en la pared.

—Esos edificios son imbatibles. Ni una bomba atómica los puede botar, pero igual necesito el informe de un ingeniero calculista para dar el visto bueno.

—¿Un ingeniero calculista? —pregunto con desesperación—. ¿Con el arquitecto no basta?

—No es por mí. Es que mi jefe, tú no sabes. Don Javier es detallista. Un perfeccionista. Todos los arquitectos le tienen miedo. El huevón es capaz de rechazarle un plano a Leonardo Da Vinci. No te va a soltar si no está todo en regla. Necesitas un ingeniero calculista que informe del peligro de la puerta.

—¿Cualquier ingeniero no basta, tiene que ser calculista? —pregunto mientras repaso la escasa lista de ingenieros que conozco.

—No, tiene que ser calculista. El ingeniero que hizo el edificio, quizás él —me ofrece Sanguinetti una salida. Pero el edificio es de 1961. Los ingenieros y arquitectos que construyeron el edificio deben estar todos muertos y enterrados.

¿Un ingeniero calculista? Pienso, pregunto entre todos mis conocidos y desconocidos. Imposible, me dicen los que conocen al tío de un amigo de un primo. Después del terremoto de 8,8 que dejó tambaleando a cientos de edificios construidos sobre la arena, todos los ingenieros calculistas de Santiago están a precio de oro trabajando 24 horas al día.

Desesperado, hago lo único que sé hacer cuando estoy desesperado: llamo a mi mamá.

—No te preocupes, yo te saco de esto —me asegura sin dejarme

terminar el cuento interminable—. Vamos allá, no nos vamos a mover hasta que esto se solucione, déjame a mí. Son tonteras demasiado chicas, mi amor. Una puerta de más o de menos, da lo mismo, mi amor —y se saca los anteojos oscuros en pleno juzgado. Se acaba de tatuar sobre los párpados una sombra morada, para no tener que maquillarse nunca más—. Mire cómo está mi hijo —se abalanza sobre una Kathy que esta vez se llama Tamara—. Miren cómo lo tienen. Va a tener un hijo en tres meses más, tiene otra hija preciosa, su esposa es extranjera, está muy nerviosa por culpa de esto. Imagínese, ella es de Nueva York, no entiende nada de todo esto. Yo vine de Haití especialmente para arreglar esto. ¿Usted sabe lo que pasó en Haití? Este terremoto es una cagada, mijita, el de allá sí que fue terremoto de verdad. Claro, tembló menos, pero se murió la mitad del país. ¿Sabe cuánta gente que conozco se murió? A la esposa del general Toro la encontraron debajo del Hotel Montana tan negra por el golpe que tuvieron que reconocerla por una cadena de oro que llevaba, por suerte... —dice pero se da cuenta que, aunque otras secretarias y actuarias se han ido acercando para escuchar su cuento, no va a conseguir apiadar a Tamara con la miseria de Haití—. ¿Conoces a Patricio Ríos? —cambia súbitamente la estrategia—. Don Patricio Ríos Vergara. Una gran persona, un gran abogado. Él trabajó aquí mucho tiempo. Él fue el juez de aquí como veinte años. Es pariente mío. El hermano del marido de mi hermana que se llama como mi nietita mayor. ¿Le mostré la foto? Es preciosa. Lo más linda que hay y no es porque sea mi nieta. ¿No se acuerda de Don Patricio? Es que usted es joven. Tan joven. En este país todo se olvida. ¿Cómo se llama la jueza de ahora? ¿Ah? ¿Cómo que un escrito? ¿Escribir un escrito? ¿Cómo que pedir audiencia? Yo tengo que resolver esto ahora. Tengo que volver a Haití mañana. No me importa la ley, mijita, existe la humanidad, es mucho más importante que la ley, la humanidad. ¿Sabe cómo está la mujer de este niño de nerviosa? ¿Tú tienes hijos, Tamara?

—Tengo cuatro meses —y baja con discreta sobriedad su mano hacia su vientre para mostrar dónde están los cuatro meses.

—Con mayor razón, mi amor. Este niño no duerme. Está esperando un hijo. No él pero su esposa, aunque es tan sensible que es como si lo esperara él. ¿Sabes cuántas pastillas toma al día? Yo le digo que

cuando viejo no se va a acordar ni de su nombre. Aunque a veces es rico no acordarse ni de tu nombre, te lo digo yo que me acuerdo de todo siempre. ¿Pero cómo no se va a poder hacer nada, Tamara preciosa? Te ves tan capaz, tan inteligente. Estudias algo, supongo. Con lo inteligente que se te ve.

—Derecho en Las Américas.

—¿Viste? No te quedas en tu lugar, haces cosas por la vida. Eres un amor tú. Lo supe al entrar, esta niña tiene algo especial en la mirada. ¿Es hombre o mujer?

—Niñito. Jasón se va a llamar.

—Son lo mejor los niños. Lo mejor y lo peor. Mira a mi hijo, está destruido por una puerta cuando el mundo se está yendo a la mierda a cada segundo. Él preocupado de una puerta y Haití en el suelo y Chile y el mundo una mierda cada día peor. ¿Me puedo sentar? Imagínate lo que es una puerta de más o de menos en Haití. Pero él vive esta realidad. Esta es su vida, tiene que cumplir con su rol de padre y marido de neoyorquina acostumbrada a un cierto estatus. Imagínate cómo suena para los gringos tener todo este lío por una puerta que no se abre. Está cagado, es la trampa de este mundo de la plata, de las cosas, de la seguridad. Tiene que tener una puerta en vez de dos, aunque tiene dos y no sabe por qué tiene la segunda y quisiera tener una sola, pero tapar la que existe es demasiado caro y tenerla también. No puede escapar a ese dilema. Sería mucho más fácil no tener ninguna puerta. Ser libre de las puertas y las ventanas en la vida. Pero tiene una hija y otra en camino, como tú, mijita. Cuando lo tengas, la felicidad de tu hijo va a ser lo único que te importará. Ser feliz o no ser feliz da exactamente lo mismo si tu hijo no puede dormir por una puerta de más...

—Venga conmigo al pasillo —interrumpe de pronto la Germana, otra secretaria en quien ha rebotado con éxito el intento de seducción que deja a Tamara completamente imperturbable acariciando con la mano al probable Jasón en su bajo vientre—, voy a hablar con la jueza a ver si los puede recibir. No prometo nada. Siéntese aquí.

Nos sentamos en el gran sofá negro en la antecámara mientras Germana traspasa la infranqueable puerta de la ley.

—Linda esta chica —comenta mi madre.

—Lo de Haití fue un poco excesivo, mamá.

—Pero funcionó.

—Más el embarazo, creo, eso funcionó más —y entreveo por una puerta los tarros de Nescafé, las tazas y las cucharas sucias donde las secretarias y actuarias hacen la pausa entre carpetas y carpetas de escritos y partes y más partes por estacionar en zonas no estacionables, velocidad máxima, conducción en estado de ebriedad, doblar en segunda fila, falta de filtro catalítico. Horas y horas de hombres apurados, indignados, resignados al final, que conocen la ley o juegan a que no la conocen, o no la conocen de verdad y llaman por teléfono a parientes encumbrados, ruegan por una hora nueva, dejan indignados caer sus carpetas como se lanza un guante para un duelo que nunca tendrá lugar. Pasan las horas, las semanas, las estaciones, y todo sigue su curso más o menos igual y las caras vuelven, los abogados coquetean, los choferes de buses y camionetas, las mujeres son las peores, las que más reclaman, el uniforme celeste, el beige, días administrativos, una puerta de más, de menos, el señor que vino con su mamá y espera en el sofá desvencijado como si estuviera en su casa, en este juzgado que era y nunca más será una casa.

—Las cosas en que te metes, mijito —baja la voz y la mirada mi madre tomando mi mano con la suya—. Una puerta que sobra, ¡con todas las puertas que faltan en el mundo! ¿No podrías haber comprado una casa con una sola puerta?

—Nunca pensé en la puerta, mamá. La puerta llegó. Estaba ahí pero no la vi. No es mi puerta, es una puerta que se metió en mi vida.

—¿Cómo no vas a ver una puerta que está en tu casa?

—No sé, ahora quizás pienso que por eso compré el departamento. Es igual a todos los departamentos del edificio, que es igual a cualquier edificio del mundo, pero tiene algo distinto. Todos tienen una puerta y el mío tiene dos. No sirve de nada pero es diferente. Es como nosotros, mamá, igual a todo el mundo, pero con algo distinto. Inútil pero distinto.

—Una casa para cada puerta, y una puerta para cada casa. ¿Hay un dicho así, no?

—No creo.

—Debería haber.

—Sí.

—Lo inventamos, entonces. Tanta muerte, mi amor, tantos muertos y una puerta, una puerta de más y es peor que si fuéramos los más terribles asesinos del mundo. País de mierda. País de imbéciles.

—Los va a recibir la señora jueza —vuelve triunfante Germana—, tienen cinco minutos, no más. Expongan su caso de la manera más sintética que puedan. La jueza es súper justa, pero no le gusta perder el tiempo. Eso la pone muy mal, perder el tiempo en cosas inútiles.

—¿Cómo se llama ella, mi amor preciosa? —pregunta mi mamá a la Germana, que está a punto de pedirle un autógrafo.

—Señora Patricia Tamboletti —y se desvanece en la cara de mi madre la esperanza misma de que la jueza sea pariente o cercana a algún pariente que ella «ubica».

—Ya, pasen.

Se abren las puertas de la ley y a mi mamá y a mí nos encandila al mismo tiempo la luz de las once de la mañana en las mal lavadas cortinas de nylon de la sala de audiencias.

—Señora Paty... Patricia, perdona, Su Excelencia... —intenta mi madre salir del pánico escénico que nos hunde a los dos—, mi hijo aquí presente es una gran persona, un intelectual, un artista de verdad y un futuro padre de familia que lo es todo para mí en la vida —la jueza apenas si subraya con una regla la línea de algún escrito que sus anteojos de triangulares y enormes marcos recorren distraídamente por quinta vez.

—Es mi mamá —le explico a la magistrada.

—¿Y tiene algo que ver su mamá con el caso?

—No. Solo vino a acompañarme.

—¿Usted anda a todas partes siempre con su mamá?

—Patricia, tú sabes, los hijos son para una lo más importante que hay... —se acerca un paso más mi madre hacia el estrado de la justicia.

—Su señoría —le recuerda cómo nombrar a la jueza la actuaria casi invisible en la contraluz de la ventana de nylon.

—La puerta, la famosa puerta —dice la delgada presencia de la jueza al abrir la carpeta de mi casa y ajustar a su cara nuevamente los anteojos.

—Haití, mi marido es el embajador... Patricio Ríos Vergara, que

trabajaba aquí, su majestad… —intenta mi mamá hablarle de mujer a mujer a esa jueza seguro más joven que ella.

—Yo creo que ya cumplí con mi condena, su señoría. Llevo tres meses con esto de la puerta. Podría darme un alivio. No sé. Algún trabajo forzado a cambio.

—Ya no condenamos a nadie a trabajo forzado, joven. No sé si sabía. Yo le pedí que regularizara su puerta. ¿Lo hizo?

—Lo hice —y me callé la falta del ingeniero calculista, más o menos seguro de que ella tampoco quería escuchar esos detalles.

—Si la regularizó, es suya la puerta. Lo felicito. Vio que no es tan complicado. Es cosa de hacer las cosas bien de una sola vez. De una vez por todas. Los excuso. Vuelvan a su vida. Y con un silencio del que no sabíamos que éramos capaces, dejamos mi madre y yo el sol en el salón de la ley y salimos por un pasillo del juzgado, el garaje de los partes vencidos, los escritorios de las Tamara y las Kathy de este mundo, el antejardín hasta la calle donde recién nos atrevemos a emitir alguna palabra de alivio.

Posfacio

En la literatura latinoamericana, como en la rusa y la norteamericana, el cuento es el lugar donde se prueban los valientes. La culpa la pueden tener Rulfo, Borges, Quiroga, Cortázar, Rojas o Donoso, lo cierto es que la novela entre nosotros siempre es un intento mientras la verdad verdadera generalmente se cuenta en máximo diez páginas. Demasiado cerca del fogón del campo en que se cuentan historias, pero a la vez tironeado por la ciudad, el cuento es lo que mejor representa nuestra híbrida condición, entre lo oral y lo escrito, entre lo inaudito y lo banal, entre lo arcano y lo moderno, entre la ciudad y el descampado. Solo en el sur, en el sur de cualquier país o de cualquier continente, se puede escribir «El sur» de Borges, el cuento que no hacemos más los escritores latinoamericanos que intentar escribir una y otra vez.

Tratando de ser un buen alumno, mi primer libro fue uno de cuentos, *Invierno en la torre*, de 1995. Hice trampa y los relatos tenían lugar en el mismo edificio y se entrecruzaban tratando de ser la novela que tampoco se atrevían a ser. En esos cuentos no sucedía casi nada. Los lectores y los críticos no cayeron en la trampa y al igual que el autor, no supieron muy bien qué era. Me costó veinticinco años escribir un libro de cuentos de verdad. Uno donde los cuentos se cuenten solos.

Para hacerlo he desviado de su origen algunas crónicas periodísticas. Es el caso de «I understand» y «La puerta». «La música de los vecinos» fue alguna vez parte de una novela que nunca terminé. De otra novela nunca terminada salió «Amapola». Escribí «Una niña completamente rubia» para una antología del humor chileno que perpetró Roberto Merino en el 2003. «El fin del milagro» apareció en un archivo perdido sin que lograra yo recordar por qué ni cuándo lo escribí. «Una explicación», que se llamó alguna vez «El novio de mi mamá», fue el único cuento-cuento que rescaté de los muchos que traté de escribir en los años 90. Otro cuento puro y duro fue «El primer día», nacido de

una fantasía muy antigua. «Hotel Montana» se basa en una historia real lo suficientemente deformada para no tener que explicar que cualquier coincidencia con la realidad es un mero accidente, ojalá feliz.

Escritos en distintas épocas y con muy distintos propósitos, resulta por eso sonrojante que haya casi siempre en ellos un hijo y una madre, hombres que no saben mucho qué hacer y mujeres que lo saben demasiado. También están París, Santiago, Nueva York y Puerto Príncipe. Estas presencias y el intento de convertirlas en fantasmas hacen de este libro quizás el más autobiográfico de los que he escrito.

Edición en formato digital: mayo de 2021

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN: 9789566045519

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl